

# RECONOCIMIENTO ETNOGRÁFICO DE LOS AZTECAS DE EL SALVADOR\*

Carl Vilhelm Hartman

## Resumen

Hacia finales del siglo XIX, el arqueólogo y etnógrafo sueco Carl Vilhelm Hartman dedicó un periodo productivo de investigación, al igual que otros numerosos académicos americanos y europeos, al área de Centroamérica. A pesar de que viajó extensamente por la región, una gran parte de su tiempo la ocupó en su trabajo en El Salvador, ya que una base en Nahuizalco le permitió dedicarse al estudio de los pipiles, a quienes él denomina los “aztecas” de El Salvador. Presentamos una visión única de la Mesoamérica de finales del siglo XIX, en la cual Hartman enfoca su atención en la tierra y la vida en la región pipil.

AN ETHNOGRAPHIC SURVEY OF THE AZTECS [PIPILES] OF EL SALVADOR

## Abstract

As the nineteenth century drew to a close, the Swedish archaeologist and ethnographer Carl Vilhelm Hartman spent a productive period of research, as did numerous other American and European scholars, in Central America. Though he traveled widely in the region, a good deal of his time was taken up by work in El Salvador, where a base in Nahuizalco allowed Hartman to devote himself to the study of the Pipiles, whom he refers to as the “Aztecs” of El Salvador. What follows is a unique turn-of-the-century view of Mesoamerica, in which Hartman focuses his attention on land and life in Pipil country.

---

\* El título original del artículo es “Etnografiska undersökningar öfver aztekerna i Salvador”. Apareció en *Ymer* 3 (1901), págs. 277–324, revista de la Svenska Sällskapet för Antropologi och Geografi (Asociación Sueca de Antropología y Geografía) de la Universidad de Estocolmo. Traducción de Claudia García, investigadora argentina, quien presentó algunos de sus trabajos sobre los indígenas miskitu en *Mesoamérica* 36 (diciembre de 1998), págs. 517–537 y en *Mesoamérica* 40 (diciembre de 2000), págs. 95–116.

Las subdivisiones temáticas de este artículo y algunas notas de pie de página no aparecen en la versión original. Fueron creadas con el fin de brindar orientación adicional a los lectores.

Es posible que ningún acontecimiento de la historia mundial haya proporcionado material para relatos tan interesantes y atractivos como la historia de las maravillas que encontraron Hernán Cortés y sus primeros acompañantes en el reino de Moctezuma. En sus escuetos informes, Colón había descrito a los indígenas en un plano intermedio entre salvajes y medio salvajes. La noticia de que en el Nuevo Mundo existían naciones y reinos poderosos con una cultura que, en muchos aspectos, era similar a las europeas y que presentaban rasgos peculiares y maravillosos, fue recibida con desconfianza en Europa. El propio descubrimiento de Colón pasó a segundo plano ante las descripciones magistrales que los cronistas españoles hicieron de la cultura fascinante del reino azteca.

Sin embargo, los reconocimientos etnográficos de carácter comparativo de los últimos decenios —1860 a 1880—, así como un estudio más crítico de los documentos españoles, han moderado el fuerte romanticismo con que los autores de antaño coloreaban sus exposiciones e interpretaciones de esta cultura, la cual no llegaron a comprender totalmente. Y ahora que esas exageraciones han sido comprobadas, la cultura azteca no es ya única e inexplicable sino, por el contrario, auténticamente indígena y emparentada con sus similares.

Las investigaciones de Edvard Seler, Daniel Garrison Brinton y F. Bandelier han despertado cada año el interés más vivo por conocer a la cultura azteca, tanto en América como en Europa. Sin embargo, sólo unos pocos investigadores han dedicado su atención a esta rama de la historia cultural americana, buscando sacar provecho del rico material que se puede examinar en muchas de las tribus aztecas del Sur de México, en donde todavía sobreviven sus usos y costumbres, su industria y su arte. Tampoco han abundado este tipo de investigaciones entre los pueblos aztecas de Centroamérica.

Durante mi recorrido por Centroamérica, tuve la oportunidad de pasar más de un año entre los *aztecas* de El Salvador, conocidos con el nombre de *pipiles*. Resulta evidente que la cultura española predomina en alto grado; sin embargo, he logrado recolectar bastante material ilustrativo, tanto de su civilización antigua como de la actual. Aquí me voy a referir brevemente a ello, pero primero dedicaré algunas líneas a describir la planificación del viaje y su puesta en marcha.

## VIAJE A CENTROAMÉRICA

El ingeniero Åke Sjögren ha pasado varios años realizando largos recorridos por Centroamérica.<sup>1</sup> Durante su estancia en Costa Rica mostró un gran interés por las abundantes ruinas de aquel país y realizó algunas excavaciones para una institución estadounidense. A su regreso a Suecia, en la primavera de 1896, decidió costear los gastos de un viaje de investigación a Costa Rica, con el fin de obtener para nuestro país una colección etnográfica y arqueológica de aquel lugar tan interesante. Durante los tres años en que participé de la expedición de Carl Lumholtz<sup>2</sup> a la Sierra Madre de México, tuve oportunidad de compenetrarme con las relaciones hispanoamericanas, así como con este tipo de investigaciones. Por ello, me encomendaron emprender la empresa que planeaba el ingeniero Sjögren. La Asociación Sueca de Antropología y Geografía me concedió una beca del Fondo Vega, motivo por el cual quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer a dicha asociación.

Llegué a Costa Rica en mayo de 1896 y, casi de inmediato, comencé mis excavaciones en la costa del Atlántico. Después de finalizarlas me trasladé a las mesetas, en donde realicé estudios bastante profundos. Estos se extendieron hasta marzo de 1897 y produjeron los resultados más importantes del viaje. Entre marzo y septiembre estuve en la costa del Pacífico, donde continué excavando en la península de Guanacaste y en las islas del golfo de Nicoya. Espero tener oportunidad en el futuro de comentar en esta revista<sup>3</sup> el resultado de mi trabajo arqueológico en Costa Rica.

En el plan del viaje original se incluía la realización de estudios etnográficos entre los pueblos actuales de Costa Rica, pero cuando conocí el valioso trabajo de William Gabbs sobre los indígenas talamanca, resultado de dos años de estudio, consideré factible encontrar un campo menos explorado y más agradecido en otra república centroamericana. Con esta intención le

---

<sup>1</sup> Según Esther Skirboll, Sjögren era “un ingeniero minero sueco que había vivido durante algún tiempo en la costa del Pacífico de Costa Rica”. Véase “Carl Hartman and the Beginning of Scientific Archaeology in Costa Rica”, págs. 3-4 (citado en la nota 1 de la pág. 138). En 1897 Sjögren fue el secretario general interino del Congreso de Americanistas. *Congrés International des Americanistes. Compte rendu de la Dixième Session. Stockholm 1894* (Stockholm: Imprimerie Ivar Haeggström, 1897).

<sup>2</sup> Carl Sophus Lumholtz fue un naturalista noruego que dirigió una expedición científica a la Sierra Madre de México en la cual participó Hartman como coleccionista botánico en 1890.

<sup>3</sup> *Ymer tidskrift*, revista de la Svenska Sällskapet för Antropologi och Geografi (Asociación Sueca de Antropología y Geografía) de Estocolmo, Suecia.

escribí al profesor Daniel Garrison Brinton de Filadelfia para pedirle consejo.<sup>4</sup> En su opinión, ofrecía un especial interés estudiar a las tribus de habla azteca del oeste de El Salvador o a la de los matagalpa del este de la república. “Carecemos”, me escribió, “de informaciones verídicas y detalladas sobre estos pueblos”. Mi decisión estaba entonces tomada. A mediados de septiembre salí de Puntarenas y poco después de una semana de viaje en barco de vapor, rodeando las costas de Nicaragua y Honduras, llegué a Acajutla en El Salvador. Allí comencé mi trabajo entre los aztecas. Esos estudios se extendieron hasta la primavera de 1899. Todo el tiempo estuve viviendo en los poblados y en las ciudades aztecas del área y establecí mi cuartel general en Nahuizalco, que es la ciudad más importante. Realicé también un viaje de estudio de algunos meses por Guatemala, para visitar a los xincas, a los kaqchikeles y a las zonas aztecas.

#### LOS PUEBLOS AZTECAS

Los pueblos aztecas —o *nahuatl* como en realidad deberían llamarse— han tenido, y tienen, una extensión geográfica mayor que ningún otro grupo del continente americano. Las tribus que Brinton ha denominado uto-aztecas se localizan en la América occidental, desde el río Columbia en Oregón hasta la laguna de Chiriquí, en el límite entre Sudamérica y Centroamérica.

Brinton divide a los grupos uto-aztecas en tres grandes familias o ramas: los *shoshone*, los *sonora* y los *nahuatl*. A los shoshone pertenecen 14 pueblos o tribus, que habitan en los estados del oeste de Norteamérica. Tan pronto como se cruza la frontera con México y se alcanza la cadena de la Sierra Madre, se encuentran representantes de los pueblos sonora, que suman unas veinte tribus diferentes. Sus lenguas son tan distintas como el francés y el inglés, por lo cual los indígenas de unas tribus no se entienden con los de otras. El lingüista puede, sin embargo, por medio de un estudio comparativo reconocer que poseen una raíz común. Al sur de los pueblos sonora habitan los nahuatl, que hablan el nahuatl puro o azteca, así como los diferentes dialectos de esta lengua. Estos pueblos viven en las mesetas del sur de México y en largas extensiones de los litorales Atlántico y Pacífico.

Existen, además, grandes colonias en Centroamérica en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Los que habitaban más al sur (de quienes no ha quedado rastro alguno), estaban radicados en Costa Rica, cerca de la frontera con Sudamérica.

---

<sup>4</sup> Como ejemplo de la labor académica de Brinton, véase la referencia que John M. Weeks hace a su *Catalogue of the Berendt Linguistic Collection* (Philadelphia: University of Pennsylvania, 1900), en *Mesoamérica* 36 (diciembre de 1998), págs. 619–693, en donde se mencionan también algunas obras de William Gabbs.

Muchas de estas tribus, que pertenecen a la rama de los sonora, han visto su población dramáticamente reducida y en extinción como, por ejemplo, los *tubar* de Chihuahua, con quienes estuve un tiempo en 1893 para recolectar material lingüístico y en ese entonces no pasaban de unos 70 individuos. Su lengua, hasta entonces desconocida, era hablada solamente por 5 personas que tenían entre 60 y 70 años. Hoy es ésta una de las lenguas extintas del mundo.

Sin duda, la mayoría de los aztecas de México pertenecen al grupo nahuatl. De acuerdo con los datos estadísticos, éste es el grupo indígena más importante del continente americano, ya que comprende aproximadamente unos dos millones de individuos en México y Centroamérica. No existe información de cuantos de éstos hablan aún su lengua original, pero Brinton calcula que su número asciende, por lo menos, al medio millón.

### EL SALVADOR

La república de El Salvador, que como se sabe abarca una franja que rodea el Océano Pacífico de unos 80 km de ancho y 300 km de largo, es en gran parte montañosa. Sin embargo, a lo largo del litoral presenta grandes llanuras verdes y bosques tupidos. Pero si uno se traslada tan sólo 20 o 30 kilómetros hacia el interior del país, llega a la primera gran cadena montañosa de conos volcánicos. Desde allí, el terreno asciende en forma de terrazas hacia las regiones altas de Guatemala. Esas cadenas montañosas se encuentran recubiertas por bosques tropicales de pinos y presentan grandes extensiones cultivadas. Donde la tierra se compone de humus, aún las laderas más pronunciadas están cubiertas de plantaciones de café y de árboles frutales, cuyo verdor se entremezcla con el de los parques naturales circundantes. Si hay algún país en el mundo que pueda compararse a un jardín, donde siempre haya abundancia de toda la clase de frutas y flores, es éste hermoso y maravilloso país. Aquí el clima es agradable y más fresco que, por ejemplo, en Costa Rica donde es húmedo y caliente. Durante siete u ocho meses del año el sol brilla ininterrumpidamente. Los períodos de lluvia no duran demasiado.<sup>5</sup>

La fuente más importante de ingresos del país es el cultivo del café, que da trabajo a la mayor parte de la población (los ladinos), a los mestizos y a los indígenas. Otra fuente importante de ingresos es la recolección y exportación del llamado "bálsamo del Perú", una especie de resina que se obtiene del árbol del bálsamo, perteneciente a la familia de los papilionáceos,<sup>6</sup> *Myroxylon*

<sup>5</sup> En realidad duran varios meses; en algunas regiones más de seis meses.

<sup>6</sup> Papilionáceo se refiere a la familia numerosa de plantas leguminosas, caracterizadas por su corola amariposada, como el guisante y la habichuela.

*sonsonatense*, que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo y que, aún hoy en día, sigue explotándose de la misma manera como lo hacían los aztecas de antaño.

El Salvador es el más pequeño de los Estados centroamericanos, pero también el más poblado, el más rico y el más cultivado. Exceptuando al estado diminuto de Rhode Island en Estados Unidos, no existe en el continente americano ninguna otra región tan densamente poblada. Toda el área la constituyen 21,070 kilómetros cuadrados y allí habitan 800,000 individuos. La mayor parte de la población la conforma la raza mestiza entre el español y el indígena. En la parte occidental de El Salvador habitan cerca de 100,000 aztecas, cuya expansión territorial limita al este con una franja habitada por otras tribus indígenas, que son actualmente civilizadas y que hace tiempo han perdido su idioma, por lo que no se sabe nada acerca de su origen. Sapper supone, aunque no explica en que se basa para ello, que se trata de los *poqomames*. En la región oriental de El Salvador habitan unos miles de *matagalpas*, que han sido poco estudiados. No alcancé a visitarlos, pero he visto algunos de estos individuos ofreciendo sus productos, fabricados de fibra de maguey, en los mercados aztecas.

A mi llegada a El Salvador me dirigí directamente a la capital, donde conseguí que el Ministerio de Educación me entregara una recomendación escrita para las autoridades civiles y el de Guerra una similar para las militares.

Durante el viaje a la capital tuve oportunidad de ver algunos indígenas de las tribus que tenía planeado estudiar en primer lugar, es decir, los aztecas y los pipiles. En la pequeña estación de tren de Ceiba observé a unos veinte individuos que marchaban en fila, atados entre sí con una cuerda, como si fuesen esclavos negros. Iban escoltados por un grupo de soldados armados con fusiles y bayonetas caladas. Le pregunté a mis compañeros de viaje si se trataba de presidiarios. “No, seguro que no”, fue la respuesta, “se trata de voluntarios de Nahuizalco, que son trasladados al cuartel de la capital”. Tal como luego me enteré, los cuarteles de El Salvador, dependiendo de la necesidad que exista, se atiborran de indígenas obligados a cumplir con el servicio militar. Estos suelen ser soldados más confiables y valerosos que los ladinos. Sin embargo, producía lástima ver a esos individuos amarrados entre sí, con sus ropas de algodón blanco sucias por el polvo del camino. Parecían ser indígenas corrientes, pertenecientes seguramente a la misma raza que se ve en la capital de México. Eran de estatura baja, de piel amarillenta, ojos marrón oscuro y pelo corto y negro. Su vestidura era la típica de los trabajadores centroamericanos, camisa de algodón blanca, pantalones también blancos y sombrero de paja.

## NAHUIZALCO

En la capital me habían aconsejado que comenzara mi trabajo entre los aztecas de la comunidad de Nahuizalco, cerca de Sonsonate, porque allí la lengua que se hablaba era pura. Estuve tratando infructuosamente de localizar este lugar en el último mapa oficial de El Salvador y, como no pude encontrarlo, supuse que sería un poblado diminuto, de unos doscientos habitantes. Una tarde cabalgué hasta Sonsonate y, al anochecer, llegué a Nahuizalco. Cansado por el viaje me acosté sin tener la oportunidad de saludar al dueño de casa, el ex comandante de la ciudad, que ya se había ido a dormir. Por lo tanto, mi sorpresa fue muy grande cuando, al despertarme a la mañana siguiente, me encontré con que estaba en un poblado indígena de miles de casas, donde habitaban alrededor de 8,000 aztecas. Este era sin lugar a dudas el poblado indígena más grande que había visto hasta entonces. Durante mi estancia entre las tribus indígenas del norte de México, muy rara vez encontré alguna aldea con más de treinta o cuarenta chozas, exceptuando algunas que tenían unas doscientas viviendas entre los indígenas *mayo* y los *yaqui* de la región del Pacífico.

En este poblado todo parecía ser muy ordenado y civilizado, si se comparaba con la situación de los pueblos cazadores y nómadas de la Sierra Madre, así que di por hecho que aquí podría, rápidamente y sin impedimentos, comenzar a medir la constitución física y fotografiar a un número elevado de nativos. Pero no imaginaba cuán profundamente arraigadas estaban las ideas supersticiosas ni cómo esta gente desconfiaba de todo lo nuevo. Ni siquiera por medio de una retribución al contado, independientemente de lo alto que fuese el pago ofrecido, parecía posible conseguir que unos pocos individuos se dejaran medir y fotografiar. Decidí entonces utilizar las cartas de recomendación del Gobierno y, con este fin, me dirigí al alcalde de la ciudad, un indígena anciano quien también era presidente del consejo del pueblo. Este me respondió primero en forma diplomática, diciendo que haría lo posible por ayudarme, tan pronto como sus ocupaciones se lo permitieran. Pero uno de sus colegas, conocido como el *alguacil*, se adelantó para contarme una historia triste que le había pasado de verdad a un amigo suyo quien, luego de que un hacendado alemán de la capital le tomara fotografías, había cogido una fiebre muy alta de la cual murió, dejando a la viuda y muchos niños sin subsistencia asegurada. Me pidió por ello posponer la cosa hasta el mes próximo. El nuevo alcalde tomaría entonces el riesgo, según él, de negociar con el hombre de los grandes anteojos, tal como me habían bautizado por el lente de la cámara fotográfica.

Logré finalmente conseguir que el nuevo alcalde prometiera prestarme su ayuda. Envié a un cabo, acompañado por seis soldados armados, a buscar a dos individuos que me ofrecieron como objeto de experimentación. Des-

pués supe que éstos, a quienes el alcalde había recordado con benevolencia en primera instancia, eran los peores enemigos que él tenía en la ciudad. Pude medir a uno de ellos que parecía un condenado a cadena perpetua y cuando puse la cabeza debajo del trapo negro de la cámara para fotografiarlo, su compañero, con un arriesgado salto, se tiró por la ventana desapareciendo en el bosque cercano. Ni ese día ni los próximos logré conseguir a otro voluntario. La gente estaba tan irritada que el alcalde no quiso arriesgar su autoridad por ayudarme. Poco después hice el intento de fotografiar sus hermosas danzas con bastones al aire libre, pero me amenazaron con reprimendas en azteca y con la posibilidad de recibir una paliza, por lo que quedé muy contento de salir ileso y de que la cámara no resultara dañada. En esta danza, al igual que en todos sus festejos —aunque nunca en los religiosos—, la mayoría estaba ebria pero pacífica a pesar de su condición aventurada. Salí a la plaza pensando en tomar una imagen de las mujeres que allí vendían y compraban, pero al verme colocaron sus cestos sobre la cabeza y se dispersaron como un enjambre de gorriones.



FIGURA 1  
Vista de Nahuizalco  
Foto del autor.

Sienten temor, según sus propias palabras, a ser pintados por la cámara porque poseen la creencia de que mediante la foto se les roba algo que pertenece a su interior. Es el *tounal* (fuerza, espíritu protector) el que temen perder. Piensan que esta parte mística de sí mismos, que según creen aparece representada en la fotografía, la llevan los hombres blancos a zonas lejanas, con fines desconocidos e incomprensibles, pero malignos y que, por medio

de brujerías, les ocasionarán desgracias. Cuando los tepehuanos del nordeste de México miraban sus fotos solían decir: “¡Estos sinvergüenzas, personas insolentes que vienen a nuestras comunidades, pura y simplemente para robarnos nuestras almas!” Es indudable que obligarlos a fotografiarse les causa gran sufrimiento psíquico. Una muchacha de Nahuizalco, que parecía tomarlo desde el punto de vista práctico, me respondió una vez que logré vencerla para que me dejase sacarle una fotografía: “¿Por qué debería dejarte que me quitases mi sombra por un peso, cuando de regreso en tu isla quizás la vendas por varios cientos?”

Finalmente comprendí que me resultaría casi imposible realizar el trabajo antropológico<sup>7</sup> en esta comunidad y decidí posponerlo para otra ocasión. Sin embargo, este lugar parecía ser interesante y adecuado para recopilar el material lingüístico y etnográfico, que comencé a estudiar la lengua de sus habitantes, sus usos y costumbres, etcétera.

### LUCHAS POLÍTICAS

Debió pasar un año antes de que pudiera recomenzar mi trabajo. Estaba en Ahuachapán, la antigua ciudad azteca localizada en el límite con Guatemala, cuando estalló la revolución. El jefe de las fuerzas revolucionarias me concedió permiso para acompañar a las tropas que se enviaban a Nahuizalco, lugar donde había tenido mi cuartel general y donde aún conservaba mis papeles y mis colecciones. Cuando llegamos allí era de noche. Luego de una hora de fuego de fusil huyeron las fuerzas indígenas que defendían la ciudad. Se quitó violentamente la bandera centroamericana que ondeaba en la alcaldía, dando fin a la unión entre El Salvador, Honduras y Nicaragua y se izó en su lugar la antigua bandera de El Salvador. Toda la población masculina que aún quedaba en la ciudad fue obligada a incorporarse al servicio militar. Se envió al cuerpo expedicionario a recorrer en diferentes sentidos las montañas y los bosques para forzar, bajo pena de muerte, a los indígenas que se habían refugiado allí a incorporarse a las fuerzas revolucionarias. Los dos partidos se apresuran siempre a engrosar las filas de sus ejércitos con la mayor cantidad de soldados y, en primer lugar, son los indígenas los que conforman las listas, pese a que nunca se les pregunta cuáles son sus opiniones políticas. Esas desgraciadas luchas entre los partidos de las familias más poderosas de sangre española carecen, por lo general, de interés para los indígenas, quienes, sin embargo, son los que peor lo pasan durante la guerra. Por doquier en las comunidades indígenas se oyen quejas y lamentos. A menudo en las batallas

---

<sup>7</sup> Parece que aquí —dado el contexto— Hartman hubiera querido escribir “antropométrico”.

se comanda a los indígenas de una misma comunidad y de una misma familia obligándolos a servir a diferentes partidos y a dispararse unos a otros.

Poco fue lo que pude hacer en Nahuizalco debido a la confusión que reinaba. José Beltrán, aquel indígena inestimable que fuera mi intérprete y mi ayudante, se mantenía escondido en la caverna de uno de los valles fluviales más profundos. Todos los demás hombres estaban en el servicio militar o escondidos por los bosques. No pude realizar ningún viaje largo, ya que me tropezaba continuamente, por todos los caminos y sendas, con tropas armadas y beodas. Icé la bandera sueca sobre mi puerta mientras esperaba a que la situación se tranquilizase, no porque estuviese inquieto, sino porque era el único extranjero en la ciudad y, por lo tanto, mi cuarto parecía ser el lugar más seguro. Los hombres más ricos del pueblo me habían pedido que, de haber un nuevo ataque, les permitiese alojar conmigo a sus parientes femeninos y guardar sus arcas con plata. Gracias a la actuación siempre enérgica por parte de los estadounidenses y los alemanes en las repúblicas hispanoamericanas (hay barcos de guerra en las costas tan pronto como estalla una revolución), los extranjeros están mucho más seguros aquí que los propios hijos de esta tierra.

### TRABAJO ANTROPOMÉTRICO

Cuando tiempo después debí interrumpir todos los estudios que había comenzado, tuve la idea de tratar de beneficiarme de las cartas de recomendación del Ministerio de Guerra. Me dirigí cabalgando a Sonsonate o Cencopam (la ciudad de las 400 aguas) que una vez fuera la capital de Centroamérica. Allí había una tropa numerosa cuyo comandante se encontraba bajo las órdenes del ministro que había escrito la recomendación. Unos cuatrocientos indígenas, todos aztecas, componían la tropa, de los cuales pusieron a unos cuantos a mi disposición. Pese a que las licencias y las prácticas militares conllevaron a continuas interrupciones en mi trabajo, después de tres meses había logrado medir y fotografiar a 70 hombres, quienes por estar bajo ley militar, tenían la obligación de obedecer a mis exigencias, desnudándose. Estaban molestos por ser tratados así, ya que nunca se hubiesen desvestido en forma voluntaria ante un hombre blanco. De cada individuo tomé aproximadamente cuarenta medidas diferentes y observaciones, así como fotografías de frente y de perfil. Después, cuando completé este trabajo en otros lugares, tenía 100 individuos (80 hombres y 20 mujeres) examinados de la manera descrita. Estas investigaciones son las primeras que se han realizado en Centroamérica. Karl Sapper, el geógrafo, geólogo y etnógrafo alemán que desde hace unos diez años vive en Cobán, Guatemala, manifiesta en su valioso trabajo *Das nördliche Mittel-Amerika* sus reparos sobre la posibilidad de

realizar un estudio somatológico entre los indígenas de Centroamérica.<sup>8</sup> Conoce demasiado bien las dificultades que el investigador encuentra entre esta gente desconfiada, aún cuando se refiere a cuestiones simples como preguntas sobre el idioma, los usos y las costumbres u observaciones acerca de los utensilios domésticos o de la construcción de las viviendas, entre otras.

La clasificación de las mediciones corporales me permitió llegar a resultados interesantes. Brinton reseña sus exámenes antropométricos del continente americano afirmando que “Los indios parecieran ser en término medio de igual tamaño que el europeo corriente. No existen en América pueblos de baja estatura como los lapones, los pigmeos o los andamanes”. La estatura media de los aztecas de El Salvador, a juzgar por los 100 individuos adultos que medí, parece ser de 150 a 160 cm, así como la del pueblo africano de corta estatura descubierto por Du Chaillu, De Brazza y Schweinfurth y que, según von Düben, tenían los pueblos bajos del norte de Europa, los lapones.

Pero los aztecas de El Salvador no son los únicos pueblos chaparros de América, sino que seguramente debería incluirse en esta categoría a muchos de los pueblos vecinos, así como a otras tribus centroamericanas. Tuve a menudo la oportunidad de comparar, aunque sólo a simple vista, a los aztecas con otros indígenas. Los *k'ichee's*, que habitan en las regiones montañosas de Guatemala, son por añadidura una de las razas de menor estatura de América. Nunca se les ha medido, pero sin duda son más bajos que los aztecas, en especial las mujeres que tienen una cabeza menos de altura. Los *k'ichee's* son un pueblo comerciante y muchas veces los vi en grupos en las comunidades aztecas de El Salvador.

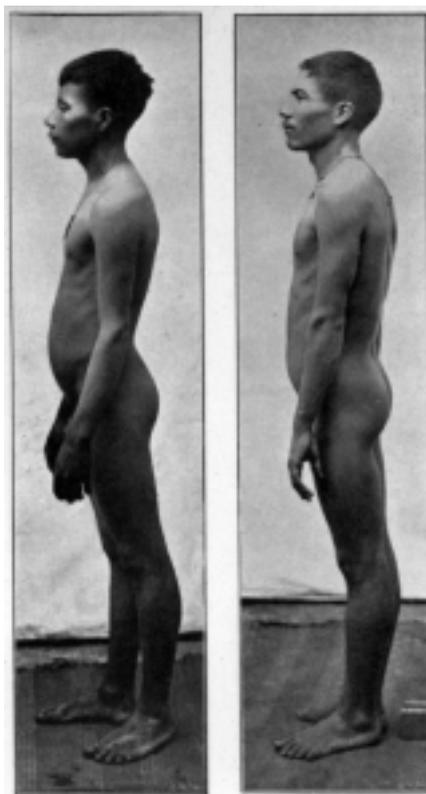


FIGURA 2. Hombres aztecas

<sup>8</sup> Karl Sapper, *Das nördliche Mittel-Amerika nebst einem Ausflug nach dem Hochland von Anahuac: Reisen und Studien aus den Jahren 1888-1895*. Braunschweig: F. Viewig, 1897.



FIGURA 3. Mujeres aztecas

Considero que entre los pueblos de baja estatura también se debe incluir a los indígenas *chiripoesy* a los *talamancas* del sudoeste de Costa Rica, así como a los *terrabasy* a los *borucas* de la región sudeste del país. Los demás pueblos indígenas de El Salvador me produjeron más o menos la misma impresión que los pipiles. Cuando llegué al istmo de Tehuantepec, en México, me llamó la atención ver lo bajo y robustos que eran los indígenas de allí, los *zapotecas* y los *huavos*.

Estas tribus del sur de México están emparentadas con los aztecas de El Salvador y presentan una estatura y unas facciones similares. Pero los aztecas de El Salvador también se parecen tanto a los *kaqchikeles* y a los *xincasque*, a pesar de que no tienen el mínimo grado de

parentesco, me resultaba difícil distinguir a unos de otros. Es clara la diferencia entre los k'ichee's de raza maya y los nahuatl. Sería tan difícil confundir a un quiché con un nahuatl, como a un chino característico con un japonés. Los k'ichee's tienen un fenotipo peculiar, que los distingue de los otros tipos indígenas que he visto. Los naturalistas que han descrito a Guatemala afirman que se asemejan a los mongoles, pero así parece ser, a grandes rasgos, con todos los indígenas. El tipo indígena que existe en América, que se ha desarrollado desde hace miles de años en todas partes, desde Vancouver hasta Tierra del Fuego, se reconoce fácilmente y no se confunde con ninguna otra raza.

Para determinar el color de la piel utilicé la escala de Broca, pero me vi obligado a restringir los tonos marrón amarillentos a cinco. Si hubiese dividido este número entre 10 o 20 variaciones de color, hubiera obtenido, naturalmente, un resultado más satisfactorio, no sólo en la clasificación de los individuos, sino también en los matices que presentan las partes del cuerpo, ya sea que se encuentren cubiertas o desnudas.

En general, los indígenas de las zonas montañosas y de las laderas de Centroamérica son de color más oscuro que los pueblos que viven en los

litorales bajos y cálidos. Stoll se ha referido ya a esto en su “Etnographie von Guatemala”.<sup>9</sup> De manera similar, señalé en el Congreso Americanista de Estocolmo de 1894 “que los *tarahuma[ra]s*, que viven en las montañas de Chihuahua, son de color castaño oscuro, mientras que los que habitan en los valles fluviales son mucho más claros”.<sup>10</sup> En la Polinesia parece que reinaran condiciones opuestas, ya que los individuos de piel más clara se encuentran en las regiones más altas, mientras que los más morenos habitan en las tierras bajas.

La denominación de piel roja, que se utiliza como sinónimo de indígena, es altamente impropio e imposible de usar, tanto en el caso de los pipiles de El Salvador como en el de los otros pueblos centroamericanos que he visto. De las cincuenta tribus de indígenas con las que estuve en contacto, desde Canadá a Panamá, solamente los indígenas de las praderas sudoccidentales son los que tienen la piel de color rojizo. La mayoría de estos pueblos, por el contrario, tienen un tono castaño amarillento, amarillo, color de chocolate o pardo. Los europeos los denominaron así mucho antes de descubrir a los verdaderos pieles rojas. Lo que los colonos de los estados del este habían visto eran indígenas con indumentaria de guerra, con los cuerpos untados de grasa y ocre rojo y supusieron que ese era el color natural de su piel.

Los indígenas denominaron acertadamente caras pálidas a los primeros europeos. En la actualidad los aztecas de El Salvador llaman en su idioma a los europeos del norte como *ich chiltik*, que significa “cara roja”. Esta palabra es aquí tan correcta como lo es cara pálida en los estados del este de Estados Unidos. A consecuencia de las fuertes quemaduras ocasionadas tanto por el sol como por el aire y por la influencia del clima cálido, todos los europeos del norte que viven aquí, un reducido número de alemanes y los estadounidenses están permanentemente con la cara colorada. Son realmente “caras rojas” y se diferencian de este modo de los nativos de raza mezclada y de los descendientes de españoles puros, quienes por lo general tienen tez color amarillo pálido. En las mujeres de la clase más alta, que por razones de belleza nunca se exponen al sol, la piel adquiere un pálido enfermizo, casi transparente.

Fue recién después de varios meses de estancia entre los aztecas que comencé a recolectar material para un glosario. En primer lugar me ocupé de aquellas palabras que revestían cierta importancia para el estudio del idioma

---

<sup>9</sup> Otto Stoll, *Die Ethnologie des Indianerstämme von Guatemala*, Supplement zu Band I von “Internationales Archiv für Ethnographie” (Leipzig: e.f. Winter’sche Verlagshandlung, 1889).

<sup>10</sup> Hartman, “The Indians of North-Western Mexico”, en Congrès International de Américanistes, *Compte rendu de la Dixième Session. Stockholm, 1894* (Stockholm: Imprimerie Ivar Haeggström, 1897). En la pág. xvii de la misma obra, se identifica a Hartman como *naturaliste voyageur* (viajero naturalista).

en su forma actual, así como de las que presentaban un interés histórico-cultural.

### EL IDIOMA AZTECA

El idioma azteca es uno de los más desarrollados del continente americano. Su gramática es simple y regular y su vocabulario rico y variado. Suena tan bien y es tan suave como el español más puro y un europeo puede aprenderlo con facilidad. Por esos motivos, como por la difusión significativa que tiene, las autoridades españolas y los misioneros le han dado bastante importancia. Cientos de trabajos espirituales se tradujeron o se escribieron directamente en nahuatl y también fueron impresas en este idioma obras históricas como las escrituras de Ixtlixochitl y Chimalphin.<sup>11</sup> En algunos estados se utilizaba incluso el azteca para los protocolos de los juicios y para otros escritos oficiales.

Ya en 1577, Alon[s]o de Molina<sup>12</sup> había dado a imprimir su primer diccionario azteca, que contenía 13,000 palabras. Y recientemente Remi Siméon publicó en París un léxico que incluye no menos de 25,000 palabras y una cantidad grande de locuciones.<sup>13</sup> Es posible que pudieran agregarse a los mencionados trabajos varios miles de palabras si se estudiaran los numerosos, y hasta ahora casi desconocidos, dialectos.

El idioma azteca no sólo ha demostrado su vitalidad resistiendo durante cuatro siglos al conquistador español, sino también conservándose bastante intacto en los pueblos de las afueras de la capital. Además, ha enriquecido al español con varios cientos de palabras, muchas de las cuales no sólo han seguido a los conquistadores de la raza latina por todos los países centroamericanos, sino también por la mayor parte de Sudamérica, como Chile y Argen-

---

<sup>11</sup> Fernando de Alva Ixtlixochitl (¿1578?-1650), historiador de Texcoco, de madre mestiza y padre español. Véase Salvador Velazco, "Historiografía y etnicidad emergente en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlixochitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozomoc", en *Mesoamérica* 38 (diciembre de 1999), págs. 1-31. Chimalphin (1579-1660) fue un notable historiador indígena mexicano que escribía en nahuatl. Véase Susan Schroeder, *Chimalphin and the Kingdoms of Chalco* (Tucson: University of Arizona Press, 1991).

<sup>12</sup> Una edición preliminar de Molina se publicó en México en 1555, pero la versión más completa, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, se publicó en 1571 y 1576. Bajo el mismo título también existe una versión publicada en 1945, reproducida en facsimil de original, por D. Antonio Graiño (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1945).

<sup>13</sup> Rémi Siméon, *Dictionnaire de la langue nahuatl ou mexicaine / rédigé d'après les documents imprimés et manuscrits les plus authentiques et précédé d'une introduction par Rémi Siméon* (Paris: Imprimerie Nationale, 1885).

tina, y a través de los mares hacia la madre patria, a las costas de Asia y a la lejana Filipinas. El diccionario de la Academia Española reconoce entre otros americanismos a un número significativo de palabras aztecas.

Costa Rica se encuentra casi exclusivamente habitada por tribus indígenas que hablan lenguas sudamericanas. Juan [Fernández] Ferraz, en su trabajo recientemente publicado "Nahuatlismos de Costa Rica",<sup>14</sup> ha dado a conocer más de cuatrocientas palabras aztecas, que la población hispanoparlante de este país utiliza no sólo en la lengua diaria, sino también en la escrita, en la prensa y en la literatura. En los "Barbarismos", publicado por Carlos Gagini de Costa Rica y en los "Provincialismos" de Batres Jáuregui y "Hondureñismos" de Alberto Membreño, editados en Guatemala y Honduras respectivamente,<sup>15</sup> se toma también en consideración un número significativo de estas palabras. Estos "nahuatlismos" denominan varios conceptos frecuentes de la vida cotidiana, como utensilios domésticos, comidas, plantas y frutas, entre otros. Muchos se dicen en jerga o se refieren a sobrenombres, otros tienen significado verbal, etcétera.

Otra prueba adicional de la vitalidad del idioma azteca está en su capacidad de renovarse. Desde la llegada de los españoles ha aumentado con unas mil palabras nuevas de raíz azteca, que permiten denominar en este idioma a la multitud de objetos y representaciones que la cultura española ha traído consigo.

Todavía más vital que el nahuatl ha demostrado ser el idioma vecino *maya*. Este prevalece sobre el español y es hablado por más de 200,000 indígenas puros y por 100,000 personas de raza blanca o mestiza. Al sur de la frontera de México, los dialectos del nahuatl se están extinguiendo y están siendo reemplazados por el español.

Squier visitó en 1850 la colonia azteca que se había establecido en el lago de Nicaragua y allí se hablaba aún un dialecto del azteca. La breve lista de aproximadamente cien palabras que él recopiló en ese entonces,<sup>16</sup> así como

---

<sup>14</sup> Juan Fernández Ferraz, *Nahuatlismos de Costa Rica: ensayo lexicográfico acerca de las voces mejicanas que se hallan en el habla corriente de los Costarricenses* (San José de Costa Rica: Tipografía Nacional, 1892)

<sup>15</sup> Carlos Gagini, *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (San José de Costa Rica: Tipografía Nacional, 1893); Antonio Batres Jáuregui, *Vicios del lenguaje y provincialismos de Guatemala: estudio filológico* (Guatemala: Encuadernación y Tipografía Nacional, 1892); y Alberto Membreño, *Hondureñismos: vocabulario de los provincialismos de Honduras*, 1ª edición (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1895).

<sup>16</sup> Véase E. G. Squier, *Nicaragua: Its People, Scenery, Monuments, and the Proposed Interoceanic Canal*, 2 tomos (New York: D. Appleton & Co., 1852), especialmente el capítulo I de la sección titulada "Aborígenes of Nicaragua", págs. 305-338. Hartman se refiere a los niguiran y los chololtecas.

el trabajo dramático de Brinton, “El ballet *Güegüense*”,<sup>17</sup> que en su mayor parte sólo contiene palabras en español, constituyen los únicos materiales lingüísticos que se han conservado para la posteridad sobre este dialecto y la única prueba de que este pueblo indígena perteneció a la tribu azteca. Cuando Behrendt, [sic] unos veinte años después, visitó esta misma tribu no logró encontrar un solo individuo que hablase su idioma materno.<sup>18</sup>

De los aztecas de El Salvador, los pipiles, hasta ahora sólo se han hecho glosarios pequeños que contienen unas doscientas palabras, recopiladas por Squire y por Scherzer, el famoso botánico de Austria. Este idioma se habla allí por poco más de la cuarta parte de los habitantes indígenas, es decir, unos 20 a 30,000 individuos. En la mayoría de los pueblos ha sido suprimido por el español y no pasará mucho tiempo antes de que se extinga. Este glosario, así como varias frases, expresiones y giros que he recolectado, conforman el único material detallado de los dialectos nahuatl no mexicanos que se tiene hasta el momento.

Scherzer, en Salamá, produjo un pequeño léxico del dialecto que se habla en Guatemala. Cuando estuve allí apunté muchas palabras de esta lengua en Comapa, un pueblo de las montañas donde los ancianos aún hablan azteca. Pero en mi visita a la ciudad de Escuintla, en la costa occidental de Guatemala, logré encontrar sólo un par de individuos que recordaban apenas unas decenas de palabras del idioma antiguo debido a su total extinción. Y, sin embargo, dichos ancianos me contaron que en su juventud no se hablaba otro idioma que el azteca en los pueblos de los alrededores.

Las migraciones de los aztecas en esta región ocurrieron, tal como se supone, por varios motivos, hace por lo menos ochocientos años. Cuando los españoles se posesionaron de la zona a mediados del siglo XVI, encontraron grandes extensiones con comunidades populosas de habitantes aztecas. A su alrededor habitaban otras tribus. Pese a que los aztecas de El Salvador han vivido aislados durante tantos cientos de años, una comparación entre su dialecto y la lengua madre muestra que no ha habido cambios muy grandes. Lo más significativo es que el tan característico y recurrente sonido *tl* del azteca puro (la mayoría de los sustantivos de este idioma terminan en *tl*) ha cambiado por una simple *t*. La diferencia entre el idioma tal como se habla en el valle de México y aquí no es tan grande, ya que si un indígena de El Salva-

---

<sup>17</sup> Daniel G. Brinton, editor, *The Güegüence: A Comedy-Ballet in the Nahuatl-Spanish Dialect of Nicaragua*, Brinton's Library of Aboriginal Literature 3 (Philadelphia: American Philosophical Society, 1883).

<sup>18</sup> Véanse de Karl Hermann Berendt los manuscritos mencionados en John Weeks, “K. B.: Colección de manuscritos lingüísticos”, en *Mesoamérica* 36 (diciembre de 1998), págs. 635–641.

dor se trasladase donde sus parientes del norte, rápidamente se haría comprender. En la mayoría de los casos, las palabras son iguales, pero las terminaciones, la pronunciación y el acento varían. Muchas palabras compuestas se construyen de igual manera. Algunas se usan con diferentes significados, y muchos de los pipiles utilizan palabras que no existen en los glosarios que he nombrado anteriormente.

Una prueba convincente de la estabilidad asombrosa de los idiomas americanos se obtiene al comparar el vocabulario azteca que he recopilado entre los pipiles y, por ejemplo, el azteca clásico reproducido en el glosario de Molina.

Como bien se sabe, los idiomas europeos han sufrido grandes cambios en el transcurso del tiempo. No hace mucho que se aceptó que esto le sucedía a todos los idiomas, inclusive a los americanos, los que también estarían sujetos a transformaciones fundamentales de características similares.

Así, por ejemplo, expresa Charles Lyell en *Antiquity of Man*:

Si un idioma es trasladado por una colonia inmigrante a una zona lejana, comenzaría a transformarse inmediatamente, siempre y cuando no se mantenga una relación estable con la metrópoli. Si los descendientes de los primeros colonos se mantuvieran aislados durante quinientos o seiscientos años, quizás serían incapaces de sostener una conversación con los que hubieran emigrado a otra región lejana.<sup>19</sup>

Max Müller alega en sus *Lectures on the Science of Language*<sup>20</sup> que los misioneros que habían hecho un glosario durante su estancia con una tribu centroamericana cerca de Palenque (por consiguiente, sin duda, un pueblo maya) en 1823, encontraron a su regreso, diez años después, que éste era inservible. Así de grandes eran los cambios que había sufrido el idioma. Ahora se sabe que el motivo por el que este glosario fuera inservible reside simplemente en quienes lo elaboraron.

En varias ocasiones se ha comparado a los idiomas indígenas, tal y como son hablados en la actualidad, con los diccionarios que los misioneros católicos hicieron durante los siglos XV y XVI, y dicha comparación pone de manifiesto que aquellos no han sufrido grandes modificaciones.

Esta estabilidad del idioma americano es de una importancia excepcional. Gracias a la misma, puede esperarse que un minucioso estudio del idio-

---

<sup>19</sup> Sir Charles Lyell, *The Geological Evidences of the Antiquity of Man, with Remarks on Theories of the Origin of Species by Variation*, 2ª edición (London: J. Murray, 1863).

<sup>20</sup> Friedrich Max Müller, *Lectures on the Science of Language*, 1ª edición (London: Longman, Green, and Co., 1861).

ma maya permita dilucidar la incógnita de mayor importancia histórica y cultural, es decir la interpretación de su escritura. Si el maya se extingue antes de que pueda ser objeto de investigaciones más profundas, se derrumbará quizás el único puente que conduce al pasado cultural de estos países antiguos y quedarían para siempre sin interpretar las escrituras mayas. Los grabados que aún cubren las paredes de las ruinas de la ciudad, llegarían a corroerse sin dar a conocer la historia del florecimiento de la civilización americana.

Cuando finalicé mi glosario en El Salvador, y luego de un año de convivencia con los pipiles, que me permitía usar el idioma en lo cotidiano, comencé a examinar, con ayuda de un par de indígenas, varios nahuatlismos utilizados por los españoles de Centroamérica. Se trataba, a menudo, de palabras irreconocibles por tratarse de una mala interpretación del azteca. Durante este trabajo pude fácilmente constatar las reglas según las cuales se transformaba la pronunciación al españolizarse. De este modo no adquirirían las palabras mejor sonido sino, por el contrario, el siempre recurrente, suave y delicado sonido “tz” se transformaba, por ejemplo, en la “ch” española, es decir en un sonido “tje”.

Como se sabe, el azteca, al igual que los demás idiomas americanos, es polisintético o asociador. El predicado y las otras partes de la oración se unen entre sí en una sola palabra, por lo que las palabras suelen ser mucho más largas que las europeas. Esta incorporación acorta las partes de las frases originales y simples, transformándolas en restos y a menudo hasta en fragmentos mutilados, difíciles de reconocer, y las integra en la nueva palabra. Para poder orientarse con un nahuatlismo o palabra nahuatl hispanizada, hay que seguir primero las reglas de transformación del sonido, cambiándolas a nahuatl puro y, después, dividir las palabras compuestas en sus diferentes partes para restituirles su forma original y completa.

En mis estudios tuve la gran ventaja de que los propios aztecas podían buscar la información necesaria, por lo que pude felizmente interpretar muchos de los nahuatlismos incorporados al español. En especial aquellos que hasta entonces no habían sido analizados o que, de haberlo sido, habían producido un resultado que no era el correcto, por estar contruidos en un pensamiento indígena desconocido.

#### LA TIERRA Y LA VIDA

Los aztecas de El Salvador o pipiles viven casi exclusivamente de la agricultura, los huertos y la industria de la cestería. En las laderas de las montañas y en las gargantas de los valles de los alrededores de Nahuizalco, a una milla de distancia a la redonda, se extienden las parcelas cuadradas e irregulares, rodeadas de cercos formados por setos de piñas salvajes, de ciruelos del trópico (*Spondias sp*) o de arbustos espinosos (*Erythrina*). Y entre las arboledas de palmeras, árboles de naranja y de zapote se encuentran desparramadas las

casas de los indígenas. En los campos se siembra maíz de formas y colores variados, diferentes clases de frijoles, plátano, caña de azúcar, yuca, piña, tomate, tabaco y gran variedad de granos básicos y otros cultivos. También muchas verduras europeas como la lechuga, la coliflor y los rábanos, entre otras, se han impuesto y se plantan todo el año. El maíz es la siembra tradicional de mayor importancia. Antes de que la tierra se parcelara, unos treinta años atrás, todos los habitantes de la aldea trabajaban el campo en forma conjunta y después se ofrendaba al dios del maíz. Para ello se reunían todos los trabajadores con sus herramientas y, dirigidos por los ancianos de la comunidad y los líderes, desfilaban por el campo al sonido de las flautas de bambú y de los tambores. Las mujeres los acompañaban cargando abundantes alimentos que preparaban al aire libre y chicha de maíz. Lo mismo se repetía cuando era la época de la cosecha. Parecía ser más una fiesta que un pesado trabajo y todos participaban con igual interés en la cosecha, que era propiedad comunal. El reparto de la tierra en todos estos países fue, sin excepciones, poco afortunado para los indígenas, quienes de improviso debieron pasar de un sistema comunal a otro individualista, dando posibilidad a los blancos para introducirse y convertir a los indígenas en su fuerza de trabajo esclava.

Aún hoy, cuando llega la época de la siembra, los pipiles cuelgan guirnaldas de hojas multicolores de *Tradenscatia versicolor* —una planta comúnmente cultivada por nosotros— alrededor de sus dioses del maíz —ídolos de piedra pequeños y toscos— y por las noches encienden velas y les ofrecen incienso. Vi ídolos de piedra similares en los campos de maíz, a poca distancia de la iglesia católica construida en el siglo XVI en el altar de la propia ciudad de Nahuizalco, así como escondidos en grutas de los valles fluviales. Tan pronto como llueve y los dioses han cumplido con su misión, los hunden profundamente en los pantanos del río y los dejan descansar allí hasta la próxima siembra, cuando los vuelven a buscar. En el altar de las iglesias católicas de la región de los pipiles se pone, durante la siembra, una vasija de arcilla con un brote de maíz verde. Los indígenas zuñi de Norteamérica observan todavía la misma costumbre en los altares de sus *estufas* subterráneas, donde dejan germinar al maíz en una bola de barro húmeda. Durante la siembra, la tierra recibe parte de la comida de los trabajadores. Con ayuda del palo de cavar se hace un agujero en la tierra oscura y se echa *chiliate*, harina blanca de maíz. Cuando la siembra ha finalizado se colocan los palos de cavar con la punta afilada hacia arriba en las cuatro esquinas del campo; uno al oeste, otro al este, otro al norte y otro al sur. Esos palos tienen la función de proteger el campo de los *huracanes*, los destructores vientos tormentosos que los aztecas, con su viva fantasía, representan como seres humanos de cabellos largos y voladores, con los que por la noche barren el campo. Cuando llega la época de las lluvias el cielo se cubre con nubes oscuras de lluvia y tormenta.

Los indígenas salen entonces de sus casas en medio de la noche y se escuchan tocando unas trompetas fabricadas con caracoles para ahuyentar a los huracanes del campo.<sup>21</sup>

Las mujeres aztecas se distinguen en la preparación de cantidad de alimentos con base de maíz, tantos que es imposible contar o describir. El pan de maíz se amasa para cada comida y es superior al de trigo, tanto en sabor como en valor alimenticio. Sus huertos producen cada año una cantidad importante de vegetales y también la flora salvaje obsequia a la cocina azteca muchos productos valiosos y de buen sabor. Varias clases de flores con aroma delicado se utilizan para preparar comidas especiales. Existe aquí una gran variedad de abejas salvajes, cuya miel tiene aroma diferente. Además se hacen conservas de distinto tipo de frutas como los tamarindos, los jocotes (*Spondias*) (una clase de ciruela ácida), los chilacayotes (una especie de calabaza grande, verde y con pintas blancas) y otras. Los aztecas han domesticado dos clases de abejas, una del tamaño de una mosca y la otra del de un mosquito, y ambas se ven alojadas en campanas de cáscara de calabaza que cuelgan de las paredes de las casas. También aprovechan diferentes clases de hongos. En la costa se cultiva por lo general el cacao, aunque no tanto como antaño. Aquí, igual que entre los aztecas de México, el chocolate es una bebida muy apreciada. Desde el tiempo de los antiguos aztecas le agregan vainilla al prepararlo. En todas las comunidades indígenas de El Salvador se siembra un arbusto llamado *achiote* (*Bixa orellana*), con cuyas semillas se prepara un polvo que tiñe al chocolate de rojo y, para que este se vea espumoso al servirlo, se utiliza actualmente un báculo de madera. Antiguamente se usaba una vaina alada dura, amarrada al final de un palo de un pie de largo. El chocolate se bebía siempre en unos recipientes fabricados con la cáscara del fruto del árbol de calabaza.

Entre los aztecas se encuentran todos nuestros animales domésticos menos las ovejas, que no se adaptaron. Casi en cada corral hay una bandada de pavos que, como se sabe, han sido domesticados por los nativos de América desde tiempos inmemoriales. Esta variedad, sin embargo, ha degenerado ya que es la mitad de grande que el pavo norteamericano, del cual se distingue también por su color: blanco con manchas negras. No recuerdo haber visto pavos domésticos entre los indígenas al sur del lago de Nicaragua. Tampoco son en nuestros días animales domésticos entre las tribus de indígenas de la región noroccidental de México, pero una vez lo fueron entre los pueblos antiguos que construyeron las casas cueva al norte de Chihuahua.

---

<sup>21</sup> La palabra "huracán" proviene del idioma maya de Centroamérica. Con la palabra "huracán" o *ouragan* los mayas denominan los fuertes vientos tormentosos que conocen. Esta palabra fue tomada por los viajeros españoles, después la adoptaron los ingleses como *hurricane* y del inglés ha pasado al sueco.

En la actualidad ni la pesca ni la caza tienen gran importancia. La primera sigue practicándose con redes y algo parecido a las nasas, con lanzas (arpones) y también por medio del envenenamiento con plantas molidas, tal como se hacía antiguamente. En uno de sus lugares de pesca vi unas canoas de construcción muy peculiar, confeccionadas en un tronco hueco a la manera de antaño. Tenía un asiento en la mitad hecho con un travesaño del propio tronco y, tanto la proa como la popa, eran tablas que sobresalían, para dejar lugar al pescador. En las playas es posible juntar cantidad de ostras, mejillones, diferentes clases de cangrejos, langostas, camarones y huevos de tortuga. Los camarones se secan al sol en la misma playa y los llevan en grandes sacos a vender a los mercados de los pueblos. Los huevos de tortuga se ponen a la venta frescos o se les saca la yema para moldearlos y secarlos. De todos los animales de agua se prefiere al cangrejo que es un plato extraordinariamente exquisito. Según la tradición oral de los indígenas, los cangrejos se trasladan de un valle fluvial a otro caminando sobre el arco iris. Sus colores varían en todos los tonos del arco iris, especialmente el azul y el rojo. También se aprecia mucho una especie de caracoles cilíndricos (*joutes*) a los que se llama “piojos del río”, porque se adhieren a las piedras del río. En la palabra dios se refieren al dios del río. Las conchas de esos caracoles se encuentran esparcidas alrededor de las casas.

De los animales comestibles del bosque, los indígenas de Centroamérica aprecian especialmente, y con toda razón, al *tepezcuintle* (*Coelogenys Paca*), un roedor de gran tamaño. Su carne es realmente una exquisitez poco común, algo entre el lechón y el capón. Y después del tepezcuintle los aztecas gustan de la carne de ciervo y de la de caza. De éstas existe una gran variedad. Entre los demás animales que se ofrecen en sus mercados deben también citarse al jabalí, al armadillo, al conejo, a la zarigüeya y al oso hormiguero. A los más grandes los cazan con trampas, en cuyo fondo se clavan palos afilados. En nuestro país hemos tenido algo similar en, por ejemplo, las antiguas trampas para alces de Norrland. Los indígenas también utilizan lazos para cazar, pero ni los más ancianos de aquí recuerdan el uso del arco y la flecha. Sin embargo, éstos se utilizan como objetos rituales en la danza del jabalí. Para tener fortuna en la caza, en Izalco suelen colgar sobre las estufas un manojo sucio de hollín de cráneos de animales (Figura 4), comúnmente del tepezcuintle y el opossum. Otra de las costumbres de antaño que aún observan estos indígenas, es colgar sobre la chimenea cáscaras vacías de huevos, para que las gallinas produzcan más.

Generalmente se ofrecen lagartos verdes de 2 a 3 pies de largo e iguanas, a las que pasean por el mercado en grandes haces, después de quebrarles la columna con un golpe de bastón. Son especialmente sabrosas y contienen gran cantidad de huevos. Tanto las iguanas como sus huevos se preparan con una salsa espesa de semillas de calabaza molidas. Los insectos del tipo de los

saltamontes y los gusanos se comen tostados. Como se puede apreciar, el menú de los aztecas es sabroso y variado.

En todas las regiones de El Salvador, así como en las colindantes de Guatemala, allí donde la población indígena todavía es numerosa y en parte no mezclada, el extranjero puede encontrar con facilidad provisiones de todo tipo a precio barato, en los puestos de bambú de los mercados y en las casas. Si uno no asusta de alguna manera a los habitantes, lo normal es que lo reciban con hospitalidad y amabilidad.



FIGURA 4  
Para tener suerte  
en la caza  
1/6 del tamaño  
normal

### CULTURA MATERIAL

La casa azteca tiene una superficie rectangular. Los techos cubiertos de hierbas son muy altos en proporción e incluyen un desván amplio. Los muros son una empalizada construida con cañas de bambú u otros palos similares. Por lo general las casas se siguen construyendo de manera similar a como se hacía durante los tiempos de gobierno comunal. Cuando una pareja joven va a formar un hogar propio, el joven y sus parientes deben conseguir el material de construcción, pero la casa se levanta con la ayuda de los amigos y vecinos, quienes no reciben más paga que una invitación a celebrar cuando la tarea ha finalizado. La noche anterior al día en que se va a comenzar la construcción de la casa, el joven recorre el poblado golpeando con un palo en los postes de las casas, dando así a conocer su deseo de recibir ayuda en el trabajo. Estas señales son comprendidas por los demás y a la salida del sol del día siguiente hay 30 o 40 hombres jóvenes en marcha, cavando hoyos para los postes, amarrando haces de hierba seca o agrupando varillas de mimbre con mecates. Antes del atardecer la casa está lista y esa misma tarde se celebra el techado.

Es necesario presentar un par de cosas llamativas del mobiliario. En la mayoría de las casas hay un estante (*yahuál*, Figura 5) amarrado a una viga del techo por medio de una cuerda pequeña. Este objeto que parece un cesto para pescar cangrejos, aunque mucho más grande, se compone de una banda de madera doblada en forma de círculo, sobre la que se tensa una trenza de

junco. Estos estantes se necesitan aquí para almacenar los alimentos, porque en todo momento las casas se encuentran abiertas. La puerta es un biombo de bambú que por las mañanas se hace a un lado, dando paso libre a perros y gallinas. Para que los ratones no bajen del desván, se coloca una cáscara de calabaza con la parte abultada y resbaladiza hacia arriba, justo en la unión entre la cuerda que va al techo y la periferia de la banda de madera de donde salen las cuerdas.



FIGURA 5  
Estante para colgar.  
Diámetro 56 cm

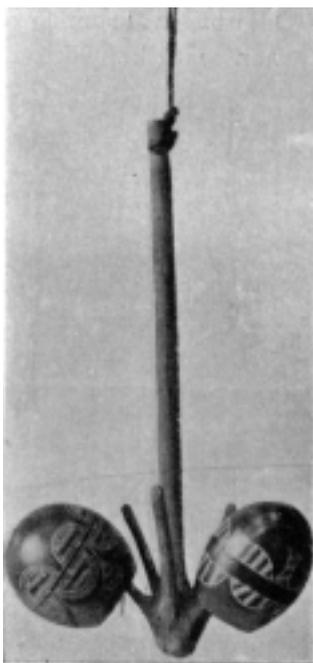
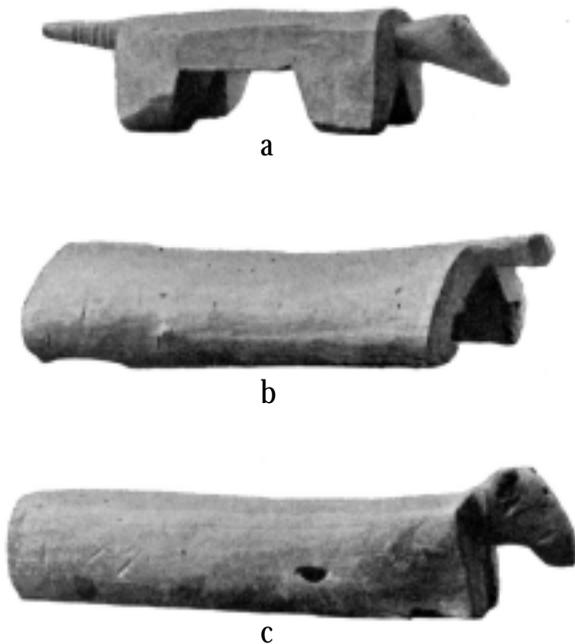


FIGURA 6  
Gancho para colgar

Los naturales de Fakarawa, las islas Poutotu del Pacífico, utilizan el mismo método. La única diferencia radica en que, en lugar de cáscara de calabaza utilizan la del coco, la que colocan sobre un cesto que cuelgan. En la sección etnográfica del Museo Nacional hay uno parecido que fue donado por Hjalmar Stolpe.<sup>22</sup> Los nativos de allí dieron la misma explicación que los pipiles de El Salvador acerca de la utilidad de colgar esta cáscara invertida. Otro utensilio que hay que nombrar es un anillo de junco que sostiene un cuenco de barro, donde se guardan semillas o medicinas. Y una especie de gancho para colgar calabazas con forma de copa (*garabâto*, Figura 6), que son utilizados por los miembros de la casa.

<sup>22</sup> Respecto a Hjalmar Stolpe, véase la nota biográfica sobre Hartman que precede a este texto.

En el piso hay asientos (*cuishpal*) de construcción muy simple (Figuras 7 a, b, c), a saber, un tronco hueco con una manija en uno de sus lados, colocado sobre el suelo. Como en algunos casos el mismo acaba en una cabeza de animal, parece que la manija representara el cuello de dicho animal y el asiento su cuerpo. Los pocos que encontré representan claramente al armadillo (Figura 7 a); el de la Figura 7 c no pudo identificarlo con claridad ni su propio dueño; mientras que un tercero, que tenía una cabeza redonda, representaba a un jaguar. En las zonas colindantes de Guatemala vi por todos lados en las chozas de la población mestiza hispanoparlante asientos sencillos como éstos, pero ni uno que tuviese cabeza de animal. C. von der Steinen muestra en su trabajo *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens*<sup>23</sup> una rica muestra de asientos con forma de animales, similares a los de Centroamérica.



FIGURAS 7 a, b y c  
Asientos

a) 46 cm

b) 50 cm

c) 47 cm

En las comunidades pipiles es común la monogamia, pero las relaciones más volubles son lo común en donde se impuso la influencia española con mayor fuerza. Waitz expresa en *Anthropologie der Naturvölker*<sup>24</sup> la opinión de

<sup>23</sup> Karl von den Steinen, *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens: Reiseschilderung und Ergebnisse der Zweiten Schingú-expedition, 1887-1888* (Berlin: D. Reimer (Hoefer & Vohsen), 1894).

<sup>24</sup> Franz Theodor Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, 6 tomos (Leipzig: F. Fleischer, 1859-1872). El tomo VI tiene el mismo título también.

que, en el aspecto sexual, existían mejores relaciones entre los millones que habitaban México en el momento de la conquista que entre nuestros actuales pueblos civilizados europeos.

Los aztecas son muy limpios. Las mujeres se bañan casi todos los días y su ropa se encuentra siempre impecable aún durante la época seca del año, cuando el polvo vuela por los caminos. Acostumbran a los niños, desde temprana edad, a participar del trabajo de los padres, tanto dentro como fuera de la casa. Por lo general los tratan bien, pero el látigo cuelga siempre listo en la pared. Un castigo de antaño era colgar al niño de los pies del techo y después darle latigazos en el cuerpo desnudo con un atado de ortigas (*chichicaste*) o prender una brasa debajo de su cabeza para que el humo le produjese una fuerte picazón en los ojos. “Estos eran los métodos antiguos, experimentados e infalibles para dominar a los niños”, me contó un anciano, que había visto como se practicaban.

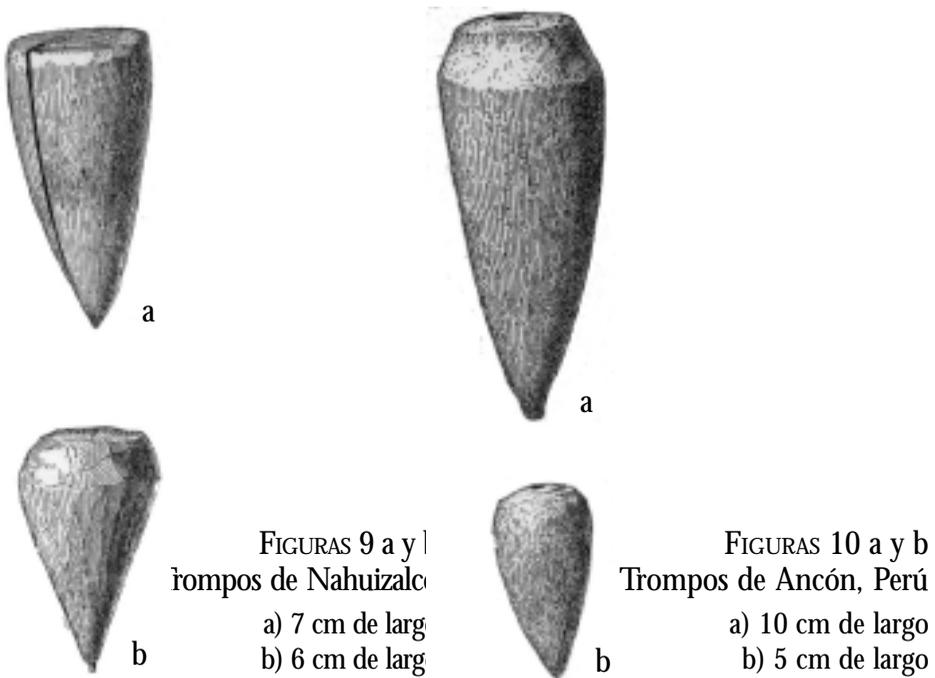
Los niños tienen diferentes clases de juguetes. Las muñecas se confeccionan de junco o de madera como se puede ver en las Figuras 8 a, b y c. Los trompos se hacen generalmente de la forma que muestran las Figuras 9 a y b. Tirando fuertemente de un cordón que se encuentra atado al trompo, éste se echa a girar en el suelo y a veces tiene un clavo pequeño en la punta. También entre los pueblos xinca de Guatemala los niños usan esta misma clase de trompos. Las Figuras 10 a y b, que he incluido para comparación, corresponden a los trompos de las tumbas antiguas de Ancón en Perú, donde los recogió Hjalmar Stolpe.<sup>25</sup>



FIGURAS 8 a, b y c  
Muñecas de madera

- a) 22 cm de altura
- b) 43 cm de altura
- c) 29 cm de altura

<sup>25</sup> Trompos parecidos de Nueva Zelanda son reproducidos por Edge-Partington y Heape en *Album of the Pacific Islands*, III (1898), fig. 1-4, pág. 192.



FIGURAS 9 a y b  
Trompos de Nahuizalco  
a) 7 cm de largo  
b) 6 cm de largo

FIGURAS 10 a y b  
Trompos de Ancón, Perú  
a) 10 cm de largo  
b) 5 cm de largo

En las regiones cálidas, las mujeres visten simplemente una falda de tela de algodón fina y lisa, enrollada al cuerpo en dos vueltas. Por lo general van desnudas de la cintura para arriba. En las aldeas de las montañas altas se utiliza también una especie de blusa (*huepil*) y en Izalco y Ataco es común un cinturón liso alrededor de la cintura. La vestimenta masculina consistía no hace mucho sólo de un pequeño cinturón entre las piernas (*mastate*), pero actualmente siempre llevan pantalón y camisa de algodón blanco. Entre los xinca de Guatemala encontré el “*mastate*” aún en uso.

En la mayoría de las regiones de Centroamérica todas las pruebas de objetos artísticos de producción indígena han desaparecido. Sin embargo, entre los pipiles existía algo pero se requería de mucho tiempo y era bastante difícil traer cualquier colección etnográfica, debido a que los nativos se niegan absolutamente a vender esos objetos a los extraños, por temor a que después los utilicen para embrujarlos. Debí inspeccionar sus casas escudándome en todos los pretextos imaginables, para poder persuadirlos de que me mostraran dichos objetos. Y muy rara vez pude realizar alguna compra inmediatamente, ya que debían llevarse a cabo verdaderos Consejos de familia para decidir algo tan importante como la venta de, por ejemplo, una vértebra de ciervo (sus dados) o un trompo. Mi intérprete, José Beltrán, debió regresar a menudo en el momento adecuado para finalizar la compra de lo que yo deseaba.

La industria más importante de este pueblo es la cestería, el trenzado de esteras (*petât*) y de cestos. Es un arte *Cyperus* y para ello se cultiva en campos anegadizos de los alrededores de Nahuizalco. La planta, que entre los pipiles se llama *tule*, se reproduce por gajos que se separan y se siembran en líneas regulares. La distancia entre una y otra planta es de un metro. Crecen rápidamente y el tallo, que tiene de 4 a 6 pies de alto, se expande hacia los lados, cubriendo el campo con su vegetación oscura. Cuando lo cosechan sacan los peciolos de uno en uno con la mano, los esparcen por el terreno para secarlos y después los amarran en racimos. Para teñirlos ponen dichos racimos en una vasija de barro con cocción de color. Los colores predominantes para decorar los trabajos trenzados son el rojo y el negro. Ambos se obtienen de la hoja de una misma planta, una enredadera del tamaño de un árbol llamada *macháste*, que existe en estas regiones. Las hojas marrón rojizas secas se muelen en un mortero de piedra. Esta cocción proporciona a los juncos un color rojo muy bello y duradero. Para obtener el negro se sumergen los racimos rojos en el agua de la ciénaga o la zanja más próxima, donde se dejan hasta que se han ennegrecido. Antes se utilizaba también el azul oscuro pero, como ya no se cultiva el añil en la región, se emplea en cambio un verde que es importado.

En su mayor parte los trabajos trenzados, especialmente las esteras, se fabrican de color natural, blanco amarillento o de junco verdoso. Los ornamentos, que son bastante simples, se hacen de junco teñido. De vez en cuando se emplean en el trenzado juncos naturales y verdes alternados, con los cuales se va formando un dibujo sencillo, como algún tipo de cuadriculado en el que no se utilizan juncos teñidos.

El trabajo previo más importante es el "deshilachado", por el cual se separa la epidermis delgada y dura de la paja triangular del tallo grueso medular. La trabajadora sostiene firmemente entre los dedos del pie izquierdo el cabo inferior de un haz de pajas sueltas y así dispone de sus dos manos para realizar el trabajo con el deshilachador (rayador estaca, Figura 11). El índice de la mano derecha se protege de los tallos duros por medio de una banda de cuerda amarrada (*macuétach*, Figura 12). Luego de que se ha



FIGURA 11  
Deshilachador de junco  
34 cm de largo



FIGURA 12  
Protección para el dedo  
4 cm de alto

deshilachado un haz de junco, teñido o no, se vuelve a amarrar en un haz el material ya listo para trenzar. Los desperdicios de las pajas triangulares suelen tirarse, pero a veces se hacen con ellos diferentes clases de artículos útiles.

La tarea de trenzar se realiza en el piso de barro barrido del interior de las casas, donde el material se mantiene húmedo rociándolo con agua. Para trenzar se usa una aguja de madera de palmera *corozo* de unos 30 cm (aguja, Figura 13). Esta aguja no tiene ojo, sino una hendidura de unos 3 cm de profundidad en uno de sus lados, cerca del extremo superior. En ese tajo se fija naturalmente la paja. Todos los nudos u otra clase de irregularidades se alisan raspando con una piedra lisa y tersa. La tarea de trenzar la hacen casi siempre las mujeres, aunque en ocasiones también los hombres. A decir verdad, en la actualidad se realizan muy pocos trabajos ostentosos. Sólo algunos ancianos conocen el arte de trenzar artículos con modelos artísticos y más decorativos. El largo de las esteras varía entre 1.80 y 2.10 metros y el ancho suele ser de alrededor de 0.90 metros.

En todas las casas de El Salvador se ven esteras trenzadas. Estas se utilizan para dormir, extendiéndolas por la noche en el suelo o cubriendo unos soportes de caño que sirven de cama, pero también adornando los altares de las casas y el muro arriba de los mismos. Para esto último se utilizan las esteras más bonitas y más adornadas. Durante sus excursiones —o cuando cambian de lugar de residencia momentáneamente— los indígenas cargan en sus espaldas una estera de dormir, en la cual enrollan su ropa y otros objetos de viaje. Durante la guerra, cada soldado de El Salvador lleva una de estas esteras en su equipaje y la utiliza como cama de campaña. En las comunidades aztecas de Nahuizalco y Masagua se fabrican anualmente miles de esteras y gran parte de la población gana así su sustento. También las utilizan los ladinos y no pocos habitantes de la república de El Salvador y de gran parte de Guatemala se abastecen de esas esteras prácticas y livianas en ambos poblados indígenas. Durante todo el año llegan aquí grupos más o menos numerosos de comerciantes de diferentes tribus para comprarlas y para adquirir cestos [véase Figura 14]. En el mercado de la capital de Guatemala hay siempre una gran existencia de estos productos para revender.

Un anciano de Masagua tiene fama de ser el más habilidoso de todos los trenzadores de esteras (el maestro de los petateros). Prueba de su habilidad artística son los adornos tricolores (rojo, negro y verde) que hace sobre fondo amarillo claro. Para trenzar las esteras más lujosas se utilizan exclusivamente



FIGURA 13  
Aguja de madera  
30 cm de largo

los juncos más delgados, llamados paja víbora (tule de culebra), que se obtiene de la caña rastrera, cuya paja es mucho muy delgada y, además, increíblemente flexible y dura.



FIGURA 14  
Indígenas k'ichee's comerciantes de Totonicapán, Guatemala,  
Fotografiados por el autor en Nahuizalco.

Actualmente, los indígenas poseen pocos conocimientos de importancia acerca de ornamentos, los que acostumbran representar peces, mariposas y estrellas. En una de las esteras fabricadas por el mencionado anciano se reproducía al sol rodeado de sus rayos y en otra alfombra se veía a la luna, mostrando sus cuatro cuartos. La fabricación de dichas esteras le llevó varias semanas de trabajo y las pude adquirir por 80 coronas cada una.

Los cestos (*támal chikihuit* o *tumhuía*, llamados en México *tompiatle*) se fabrican también de tule (Figuras 15 y 16) y todos tienen la misma forma. Son casi cuadrados con los bordes redondeados. Todos son cestos dobles y se venden por pares. Uno de ellos suele ser más grande que el otro y se utiliza como tapa. Por lo general tienen lados y fondo dobles. Tal como su nombre lo indica, los destinan para los tamales, palabra que entre los aztecas de El Salvador tiene un significado más amplio que en México. Se usa para designar no sólo a los tamales de verdad, es decir los panes de maíz enrollados en hojas verdes, sino principalmente a las tortillas. Aquí siempre se llama a los

tamales “*náca-táma*” (tamales de carne). Estos cestos se utilizan para conservar o para llevar de un lado a otro las tortillas envueltas en un mantel.



FIGURA 15  
Cesto de tule  
13 cm de altura



FIGURA 16  
Cesto de tule con tapa  
13 cm de altura

“El maestro” de Masagua concibió también trenzar en junco una especie de caño hueco de unos 60 cm de largo que representa y también se parece a una víbora. Si se introduce un dedo en la boca de esta serpiente (culebra), se repliega y la abertura elástica se cierra tan ajustada alrededor del dedo que sólo se logra soltar con dificultad. Hace como veinte años que el anciano no fabricaba estas víboras, pero me hizo algunas por encargo. Las manchas del cuero de la serpiente se reproducían entrelazando paja coloreada y natural. La Figura 17 muestra a la víbora *masaquat*, víbora ciervo, nombre con el que se designa en estas regiones a la gigantesca y multicolor boa. El nombre de la aldea Mazaquatlan, desfigurado por los españoles a Masagua, significa “donde abundan las boas”. Esas víboras de tule no son en la actualidad más que juguetes. En el trabajo de C. Lumholtz, *Symbolism of the Huichol-Indians*,<sup>26</sup> se afirma que entre los pueblos del estado de Jalisco en México existen víboras similares y se dice que: “En los templos huicholes se ven representaciones pequeñas de animales, como ciervos, pavos, panteras, conejos, etcétera. Esas imágenes se ponen allí para honrar a los diferentes dioses”. La víbora representada, trenzada de tiras de hoja de *sotole*, está dedicada a la “madre agua occidental”. Su altura es de 43.5 cm.



FIGURA 17  
Junco en forma de víbora masaquat  
65 cm de largo

El centro del junco (*corazón de tule*) se deshecha naturalmente y en las afueras de la aldea se ven grandes existencias del mismo. Pero de este material suave y viscoso se fabrican, entre otras cosas, almohadas y una especie de

<sup>26</sup> Carl Lumholtz, *Symbolism of the Huichol Indians* (New York: American Museum of Natural History, 1900).

colchones delgados; los ladinos lo utilizan para rellenar las sillas de carga; los niños pipiles hacen con él juguetes y figuras de personas o animales (Figura 18), así como también pelotas elásticas.

En Nahuitzalco florece también otra industria: la de artículos de caña. La caña que hay aquí, al igual que el tule, es de cultivo. Los campos en los cuales se plantan los gajos de caña, muestran rápidamente una riqueza forestal abigarrada e impenetrable, que acaba por parecer un matorral de bambú salvaje. En las pesquisas acerca de los lugares habitados antiguamente en la península de Guanacaste en Costa Rica encontré, en más de una ocasión, campos silvestres de caña como éstos. Sin embargo, en ninguna parte donde reside la población mezclada actual de esta península existe la cestería.



FIGURA 19  
Palo de madera para  
aplastar caña. 36 cm de largo



FIGURA 18  
Juguete de junco  
33 cm de altura

De la caña se fabrican diferentes clases de productos, especialmente un tipo de estera dura o pantalla, así como cestos de diferente hechura. Para hacerlos se eligen los gajos más hermosos y parejos, de más o menos 1.5 a 3 cm de diámetro. Con un machete (*machéte*) se tala el terreno cercano y después se cortan trozos de caña de unos 80 cm de largo. Las varas se golpean después con un mazo de madera que se utiliza especialmente para esta tarea (*maso*, Figura 19), hasta que quedan casi planos. Después, el indígena agarra cada uno de los extremos y tira fuerte curvándolo sobre la rodilla, la que se protege con una rodillera de cuero (*bota*, Figura 20). De la caña así aplastada se trenzan esteras. Para fabricar los cestos se divide la caña en listas del ancho deseado.

Las esteras de caña (*acapétal*) tienen por lo general el mismo ancho que largo, 2.35 m, y nunca se tiñen. Se utilizan para cubrir el piso de tablas del desván de las casas, como biombos contra los muros empalizados y para separar alguna esquina del interior. Se llevan al mercado en grandes rollos y se usan

en todas las casas, aún por los blancos. Nahuizalco es el único lugar de la región de los pipiles en donde se fabrican.

Existen diferentes clases de cestos de caña:

1. *Chikihuit* es un cesto redondo, abierto y con bordes bastante altos e inclinados, que se fabrica con listones más o menos pequeños. Para hacerlo se trabaja sobre un banco de tres patas (Figura 21). Los cestos de este tipo tienen diferentes usos domésticos, como guardar frijoles y maíz, entre otros. Por lo general los tiñen de negro, rojo y verde, aunque los hay también de color natural. Los más grandes tienen aproximadamente 45 cm de diámetro.



FIGURA 20  
Rodillera  
15 cm altura



FIGURA 21  
Banco utilizado para dar forma  
a los cestos. 28 cm de altura

2. *Chikihuit* es un cesto plano, redondo y abierto (Figura 22), de tamaño más grande que el anterior, ya que suele tener un diámetro de unos 60 o 70 cm. Sus lados son verticales y bajos. Se fabrica de listones anchos, nunca lo tiñen y lo utilizan las mujeres para ofrecer sus productos en el mercado o por la calle.



FIGURA 22  
Cesto de caña  
65 cm de diámetro

3. *Touríroun* es un cesto con tapa que tiene la forma de un sombrero cilíndrico (Figura 23). Se fabrica de diferentes tamaños, siempre de color natural y se utiliza para guardar las prendas de ropa o cosas semejantes.

4. *Touríroun* es un cesto con forma de balón que no tiene tapa. Se hace de listones delgados de color y se utiliza para los mismos fines que el anterior (Figura 24).

5. *Petáca* es un cesto rectangular con tapa, que siempre se fabrica de color natural. Hay cestos de este tipo de diferentes tamaños, algunos también muy grandes. Se utiliza para diferentes usos domésticos, al igual que los dos anteriores.



FIGURA 23  
Comienzo del fondo de un cesto de caña  
60 cm de diámetro



FIGURA 24  
Cesto de caña  
25 cm de altura

Los cestos de caña se venden preferentemente en El Salvador y su fabricación es tarea masculina, aunque no exclusivamente.

En la comunidad de Ataco se hacen dos clases diferentes de cestos pequeños de fibra de palmera. Uno de ellos tiene la forma de un plato, con el fondo plano, lados curvos hacia arriba y sin tapa. El otro es cilíndrico, de lados verticales y bajos y tiene tapa. Los cestos de fibra de palmera se fabrican todavía en pequeña escala, pero se encuentran solamente en Ataco.

Los indígenas que fabrican los cestos que acabo de nombrar trenzan también sombreros de listones de hoja de palmera. Esta actividad se hace al aire libre —preferentemente a la orilla del río y de los rápidos en algún cañón profundo y sombrío— para evitar que los vientos secos y el sol arruinen el material.

La rama del sur de la tribu de los pima de Sonora, en la región noroccidental de México, se dedica a esta fabricación en una escala más o menos importante. La realizan en un cuarto subterráneo con una abertura en el techo, donde el aire se mantiene húmedo.

Otra industria de los pipiles, que está en vías de desaparición, es la textil. La manufactura europea y los artículos textiles españoles han casi prácticamente suplantado a la producción autóctona. El cultivo del algodón no existe más en estas regiones. Sin embargo, aún se ve en algunos de los huertos uno que otro arbusto de algodón y alguna anciana continúa cosechando como antaño los vellones blancos, con los que ella misma hila. Las semillas se separan con la mano y el algodón limpio se extiende a secar en una piel o una manta, donde se le saca el polvo con un utensilio fabricado con 5 cañas unidas (*apporeador*, [sic] Figura 25). Se hilan en forma manual, con ayuda de un huso (*málatat*) que se pone en movimiento con la mano derecha, mientras que con la izquierda se le va dando forma a la hebra y se alimenta al huso con el algodón de un canasto. Durante todo el trabajo el huso se mantiene en una vasija de calabaza (*guácal málatat*) que descansa en el regazo de la hiladora. Pero tal como he dicho, el hilo de algodón se fabrica sólo ocasionalmente. En la actualidad, la industria textil se reduce casi totalmente a la fabricación de cinturones de mujer con los utensilios tradicionales. La Figura 26 muestra a una mujer azteca de Izalco ocupada en esta tarea. Tanto en Izalco como en Ataco, pueden verse en la actualidad esas sillas simples. El hilo teñido, con el cual se tejen los cinturones, se compra en las tiendas de Sonsonate. En Izalco se tejen en grandes cantidades, ya que la mayoría de las mujeres los usan, y los adornan con diferentes modelos e imágenes humanas o de animales, que son toscos si se comparan con los que tejen en los pueblos vecinos de Guatemala. Al visitar la ciudad española de Sonsonate, que en los días de mercado hormigüea de mujeres pipiles de diferentes comunidades, se reconocen en seguida a las indias de Izalco por sus cinturones multicolores. A veces se presentan aquí las mujeres de una misma tribu, que lucen cinturones delgados, anaranjados y con dibujos lineares. Esas son las mujeres de Ataco. Las de los otros pueblos no suelen llevar cinturón a diario. A veces los novios de Nahui-zalco y Yuayua ofrecen el cinturón de Izalco a sus novias.



FIGURA 25  
Utensilio para limpiar el algodón  
65 cm de largo

Sólo ocasionalmente se fabrican en los telares primitivos manteles y servilletas. Dichos manteles son de color blanco y tienen bordes o franjas simples, rojas o marrones. En varias comunidades indígenas los ladinos han colocado telares españoles, los que comúnmente son atendidos por hombres. El arte textil original de este lugar se ha perdido casi totalmente, acompañando a los muertos a sus tumbas antes de que se pudiera describir. Hice un

descubrimiento de gran interés. Cuando años atrás conviví con otra tribu de aztecas del litoral del Pacífico, los pueblos tubas de la lejana Chihuahua, me contó una anciana —con cuya ayuda había recopilado la mayoría del glosario— que cuando era niña las mujeres tejían sus ropas de algodón blanco y marrón. Pero ni uno sólo de esos arbustos quedaba entonces en sus pueblos, como tampoco evidencia alguna de su arte de telar. Ahora, después de varios años, volví a oír mencionar en Izalco al algodón marrón y logré conseguir una muestra del mismo. En una de las chozas había algodón crudo y marrón, con semillas pegadas, hilado como hebras. También entre los pueblos xincas de Guatemala observé una costumbre similar y compré un poncho de algodón blanco con bordes marrones. En la sección etnográfica del Museo Nacional<sup>27</sup> existen varias muestras de este arte textil, que provienen de las tumbas de Ancon en Perú. Lo que demuestra la gran difusión que tuvo en América el algodón marrón, al menos entre los pueblos de la costa del Océano Pacífico.



FIGURA 26  
Tejedora de cinturones de Izalco [Izalco]

Una industria que existía antiguamente entre los pipiles de El Salvador —y que aún la practican los matagalpas de la misma república— es la preparación y el hilado de la fibra de agave (*itch*) con la que se fabrican, entre otras cosas, cordones, cuerdas y hamacas. En las aldeas pipiles, al lado de las casas, así como en las colinas y en los campos, crecen a menudo grupos de agave.

<sup>27</sup> Se refiere al Museo Nacional de Suecia.

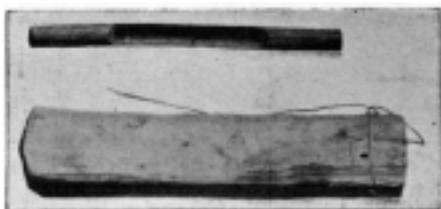
Pero ocasionalmente, si es que alguna vez, se aprovechan sus fibras. En Nahuizalco encontré tan sólo un anciano que en su juventud había fabricado mecate de estas fibras. Los pipiles del Salvador se abastecen de estos productos de los matagalpas, por lo general por medio de intermediarios, y también en el pueblo de Comapa, que es la comunidad pipil que se localiza más al oeste, en la zona colindante de Guatemala.

En Comapa esta industria se ha conservado y se practica en gran escala. El cultivo de agave constituye una fuente importante de ingresos. No se ven campos con esta planta porque, por lo general, se siembra como setos alrededor de los huertos o de las casas. Cuando los hombres regresan al atardecer de las plantaciones, traen consigo en el mecapal (*mécapal*)<sup>28</sup> un cargamento de estas hojas. Al amanecer del día siguiente comienzan a prepararlas. La tarea de raspado debe finalizar antes de que amanezca, ya que el trabajador puede quemarse las manos y la cara con la savia de esta planta. A las cinco de la mañana, cuando todavía está oscuro, se oyen por todo el pueblo los monótonos llamados de aquellos que ya se han despertado y que así hacen saber a sus vecinos que es tiempo de comenzar el raspado. La hoja se golpea con un mazo de madera (*maso*) que tiene la misma forma que se muestra en la Figura 19. Un extremo de la hoja, de unos 5 cm de largo, se dobla hacia abajo y se engancha en un lazo de la parte delantera del *húapal*, que es un palo de madera de aproximadamente 1.30 m de largo y 0.40 m de ancho (Figura 28). El húapal, cuya parte exterior es chata, se coloca contra la pared en posición inclinada. El trabajador toma con ambas manos un utensilio llamado *itchmayt*, raspador de fibra (Figura 27), que se fabrica en forma de canoa hueca con bordes afilados, usando un trozo del tronco delgado de la palmera *Huizcoyol*. Se utiliza para raspar la hoja fuertemente de arriba hacia abajo hasta quitarle la masa carnosa, dejando al desnudo las fibras. Éstas se cuelgan durante un par de días al sol hasta que sequen y se blanqueen. El acabado se da torciendo esas fibras a mano sobre la rodilla. Para la fabricación de cuerdas se utiliza un instrumento de madera que llamado *cutarrahuía* que consta de un bastón delgado de unos 50 cm, el cual tiene en uno de sus extremos un disco de madera pesado de unos 25 cm de largo y 5 cm de ancho. Este disco se encuentra perforado por un extremo y del lado opuesto se amarra el hilo que se va a torcer. El disco se pone en movimientos circulares al girar rápidamente el bastón con la mano derecha. Este mismo utensilio existe con igual nombre en Chihuahua, donde los mexicanos lo utilizan para enroscar cuerdas de cerda, *lariettas*. Antiguamente, en Nahuizalco se hilaba la fibra de agave con una

---

<sup>28</sup> Mecapal es una tira de vaqueta suave que tiene en cada extremo cuerdas para atar la carga que lleva el mecapalero apoyando el mecapal en la frente. Es voz azteca: *mecatl*, cuerda y *palli*, anchura.

rueca, tal como se muestra en la Figura 29 (*málcacá*). Las poleas delgadas y redondas estaban hechas con discos de barro, normalmente un pedazo de *comál* (sartén para hacer las tortilla), al que se le daba esta forma. Adquirí allí uno de dichos ejemplares que un anciano me fabricó por encargo. Otra industria de importancia entre los pipiles es el tallado de tazones y otras vasijas con la fruta del árbol de calabaza. No es posible, por cuestiones de espacio, referirme aquí a ello, como tampoco a la fabricación de las vasijas de barro.



FIGURAS 27 y 28  
Raspador de fibra con carpeta  
41 cm de largo  
Raspador de fibra con carpeta  
50 cm de largo

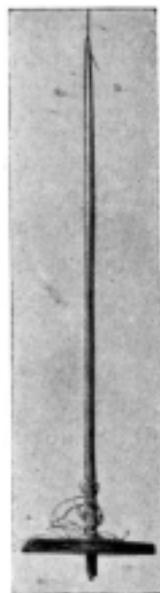


FIGURA 29  
Rueca para la fibra  
43 cm de largo

#### COSTUMBRES RELIGIOSAS Y CEREMONIALES

Entre los aztecas de El Salvador, así como en otros lugares de América donde hace siglos los españoles tienen sus iglesias, los sacerdotes han tratado, por todos los medios, de destruir las representaciones religiosas antiguas. En primer lugar, rechazaron a los ídolos, así como a las prácticas culturales y costumbres que se relacionaban con aquéllos y las ceremonias y danzas, entre otras. Diego García de Palacio, quien visitó El Salvador por encargo del rey de España en 1576, describe cómo los aztecas del lugar tenían las mismas creencias religiosas que los de México.<sup>29</sup> Había grandes hechiceros y escribas

<sup>29</sup> Diego García de Palacio, "San Salvador y Honduras: El año 1576", en *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, varios tomos publicados entre 1881 y 1907 por el Lic. Don León Fernández (San José de Costa Rica: Imprenta Nacional, 1881), I, págs. 1-52. Citado en William R. Fowler, Jr., *The Cultural Evolution of Ancient Nahuatl Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America* (Norman: University of Oklahoma Press, 1989).

que interpretaban los libros sagrados. El sacerdote más importante, *tecti*, llevaba una vestimenta larga y ancha de color azul índigo y lucía en su cabeza una diadema, en la que colocaba plumas verdes de quetzal (*Trogon splendens*), el pájaro sagrado. Tenían unos ídolos de piedra grandes y realizaban sacrificios humanos, arrancándole a las víctimas el corazón y sosteniéndolo hacia el sol. La sangre se dejaba caer en cuatro calabazas que al efecto se colocaban orientadas hacia los cuatro puntos cardinales.

Los indígenas han aprendido a adorar a los santos de las iglesias católicas. Hace tiempo que han desaparecido los sacrificios humanos, así como otras ceremonias parecidas. Algunos de esos ídolos de piedra todavía existen y son adorados por los indígenas. Se les ofrenda flores, incienso y velas. Para acabar con esta competencia molesta, los sacerdotes han destruido, cuando han podido, dichos ídolos de piedra. En un lugar no muy lejano de Nahuizalco, el alcalde me mostró un ídolo gigantesco al lado de una antigua piedra de sacrificio que un sacerdote había hecho dinamitar pocos años antes. Al lado del camino que conduce a Nahuizalco hay, desde tiempos inmemoriales, una figura de piedra del tamaño de un hombre, al que se conoce como el guardián o “señor del camino”. Poco antes de mi llegada, y por encargo del sacerdote, lo habían hecho rodar hasta el mar. Sin embargo, los indígenas lo buscaron y lo pusieron de nuevo en su antiguo lugar. El sacerdote ordenó entonces que lo tiraran a un precipicio donde, con toda seguridad, acabó por romperse.

La mayoría de los indígenas de Centroamérica se convirtió al cristianismo sólo nominalmente. Fueron obligados a abandonar muchos de sus cultos antiguos, costumbres y ceremonias. Sin embargo, su visión del mundo es básicamente la misma que la de sus antepasados. Cuando los aztecas de El Salvador se santiguan en la iglesia, nombran Dios con el nombre de *tutéco*, lo que significa “poderoso”, “grande” o “muy apreciado”, entre otros. Pero esta misma palabra la utilizan también para referirse al sol, hacia el que los ancianos se vuelven al amanecer con los brazos alzados para presentar sus ruegos y sus quejas. De igual manera se designa a los santos de madera de las iglesias y a los ídolos de piedra que se ponen en las grutas y en los campos de maíz. Y también a los que vistiendo ropas multicolores se pasean en grupos por los caminos, arrastrando gigantescas cruces de madera. La palabra *tutéco* se utiliza, además, en el sentido de “señor de la casa” para dirigirse a cualquier persona de influencia entre los indígenas. Los campos y los bosques están habitados por seres inmateriales que dominan la naturaleza. Así como las personas tienen un *tutéco* o espíritu protector, también lo tienen la mayoría de los animales, como el ciervo, el conejo, los cangrejos y también el maíz y los demás cultivos.

Los hechiceros poseen un poder místico sobrenatural que les permite tomar por las noches la apariencia de diferentes animales: gatos, jaguares,

cerdos, lechuzas y otros. La creencia en estas metamorfosis es generalizada y muy profunda, así como la convicción de que algunas personas pueden ocasionar enfermedades o desgracias. Esto suscita muchas veces desavenencias y en ocasiones el odio entre individuos o familias puede subsistir durante toda la vida. Algunas leyendas sombrías que pude recopilar entre estos indígenas testimonian lo antedicho. En ellas el protagonista es el hombre que se transforma en animal. Busqué infructuosamente en Nahuizalco durante mucho tiempo a algún joven que pudiera asistirme con diversas tareas. Cuando después de muchas molestias, y mediante un pago ventajoso, conseguí a un muchacho de 12 años tuve que prometerle a su madre que no lo transformaría en gato y que tampoco lo enviaría de regalo a mis compatriotas del otro lado del mar. Y por las noches, para mayor seguridad, él tenía que ir a dormir a casa de sus padres. En mi cabalgata a Guatemala llevaba como guía y cargador a un indígena de unos veinte años, originario de Nahuizalco. El primer día me confesó, entre otras cosas, que estaba hechizado. Unos envidiosos le habían metido con malas artes una víbora en su estómago y desde entonces sufría de mala salud. Cuando llegamos a Comapa, el último pueblo azteca de la frontera, se le fue el valor y quiso romper su contrato conmigo. Finalmente, acabó por quejarse al Consejo del pueblo, que estaba conformado por puros indígenas, y les contó que no había podido dormir las últimas noches del temor que sentía de que yo me bajase de mi hamaca para dispararle un tiro o que lo enviase de regreso a Nahuizalco con la apariencia de gato. “¿Cómo va a reconocerme mi esposa?”, exclamó y comenzó a gemir y a llorar. A la mañana siguiente regresó a su casa y me suministraron, a cuenta de la comunidad ya que deseaban deshacerse de mi, otro guía para que me acompañase hasta el pueblo próximo. Allí logré convenir con unos indígenas k'ichee', que son más inteligentes, para que me acompañaran a la capital de Guatemala.

Entre las costumbres paganas que aún subsisten y que dan testimonio de la importancia religiosa de los cuerpos celestes, debe nombrarse en primer lugar la ruidosa ceremonia durante los eclipses de luna. Tan pronto como la sombra oscura se ve a un lado de la luna, las mujeres pipiles trasladan sus morteros de mano (unas piedras planas rectangulares) y martillan en ellas con rodillos de piedra. También se hace bulla de otras maneras; por ejemplo, haciendo ruido con ollas y tapas. Este alboroto se propaga de casa en casa. En los eclipses de luna creen ver una lucha y dicen que “el sol se quiere comer a la luna” y, como todos simpatizan con la luna, quieren ahuyentar al sol por medio del bullicio. Las mujeres se lamentan “pobre, pobre luna, qué enferma está, cómo sufre, dejen que la ayudemos”, y mientras tanto martillan. Si se llevase a cabo esta ceremonia en un pueblo cercano, cuya población fuese de indígenas y de ladinos, los primeros verían con amargura, casi con espanto, la irreligiosidad y la falta de compasión de los segundos por la luna. La virgen

María, “la virgin”,<sup>30</sup> es para la mayoría de los aztecas igual que la luna. Esta misma costumbre existía entre los pueblos indígenas más conocidos de Sudamérica, los altamente civilizados peruanos, quienes, cuando había un eclipse lunar, hacían barullo pegando a sus perros para que se lamentasen. Los algonquinos, los indígenas iroquíes y los esquimales de Groenlandia tenían una costumbre idéntica.

Los pipiles observan determinadas reglas durante el oscurecimiento. Llenen de agua sus artesas rectangulares de jardín (*batéa*) y ponen dentro una vela encendida. En el agua se ve el reflejo de la lucha entre el sol y la luna. Había escuchado que esto se hacía en un par de pueblos abajo, en el litoral montañoso y el día de Navidad de 1898, cuando se esperaba un eclipse de luna, cabalgué hasta la comunidad de Tepecoyo, ubicada en la cumbre de una montaña al lado del mar. No hubo, sin embargo, ningún eclipse aquel día pero los indígenas me mostraron lo que acostumbraban a realizar en aquellas ocasiones. Según sus declaraciones, la imagen oculta del disco de la luna se refleja en el agua iluminada por la luna como si fuera un animal oscuro, un gato que se mantiene en continuo movimiento.

Mucho antes de la llegada de los españoles, los pueblos centroamericanos realizaban una representación en la que las imágenes de animales mitológicos tenían un papel importante. Los sacerdotes católicos, con sus largos discursos de contenido histórico, lograron erradicar estas representaciones paganas. Y para recompensar a los indígenas les han enseñado la danza de las armas y a representar, en las fiestas de la iglesia, obras dramáticas con personas y escenas escogidas de la historia española y de la sagrada. El único drama local que se ha conservado para la posteridad es el que aún en 1856 representaban los k'ichee' en Rabinal, Guatemala, y que observó Brasseur de Bourbourg. Durante una visita que realizó a los indígenas guajiqueros de Honduras en 1850, Squire describe una danza ceremonial acompañada por un largo recitado en el idioma propio. Según Sapper, no existen en ninguna parte de Guatemala representaciones dramáticas de origen indígena, ni tampoco entre los pipiles de El Salvador, ya que han sido reemplazadas por las españolas modernas, las cuales tuve oportunidad de presenciar en diferentes ocasiones. También pude conocer las antiguas al leer los librotos amarillentos en los cuales se encuentran escritas. Ninguno de ellos estaba, sin embargo, en azteca ni trataba de algún tema que indicase una autoría indígena. El contenido es por lo general bastante simple e inocente y su forma grandilocuente. Los indígenas suelen recitar sin errores esos monólogos tan largos, demostrando muy buena memoria. Los pronuncian con gran seriedad, aunque de forma monótona y rígida. Claramente se nota que comprenden poco del contenido.

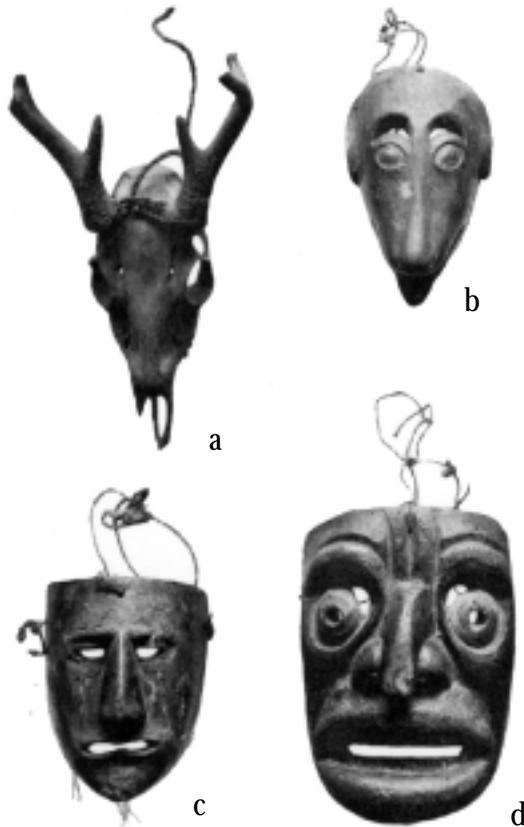
---

<sup>30</sup> Así aparece en el original.

La única danza dramática de origen azteca que aún subsiste en El Salvador, si bien en la actualidad nada más que como una bufonada divertida, se lleva a cabo en las procesiones religiosas de la tarde del 24 de diciembre. Sólo se reproducen un par de fragmentos del recitado en azteca. Presencí y tomé fotografías durante esta fiesta en Izalco. Los músicos, junto con los representantes de la iglesia, caminaban a la cabeza de la procesión: flautistas, violinistas y el tamborilero, que lleva la peculiar *teponáhuas*, un tambor alargado fabricado completamente de madera. Después seguían los actores, algunos totalmente disfrazados y otros sólo con máscaras. Los papeles protagónicos los representaban “el viejo”, un hombre anciano, y “la vieja”, una mujer anciana, quienes mantenían entre sí un diálogo repleto de chistes obscenos. “El viejo” tenía una máscara negra de hombre con pestañas y barba de pelo de jabalí (ver Figura 30) e iba armado con un arco y flechas cortas de caña, con punta de bolas de cera. Con esta arma ceremonial disparaba de vez en cuando al “jabalí” (*cúyameñ*), un hombre al que le colgaba una cabeza de jabalí de los hombros. Llevaba amarrado de la nariz un cráneo de jabalí. Jóvenes con máscaras de perros seguían brincando al jabalí. Todo esto se iba desarrollando mientras la procesión avanzaba lentamente por las calles, parando cada tanto frente a la casa en que vivía algún santo, *mayor domus*, en donde se llevaba a cabo una bebedera abundante de ron. Esta danza recuerda a la del ciervo entre los indígenas yaqui de Sonora, que tiene como objetivo poner en resguardo a una cierva, la cual es perseguida por una manada de lobos de la pradera. En la danza de Izalco, uno de los actores tiene amarrado alrededor de la cintura un cinturón de hojas de *macaya* (una clase de palmera) y otro una ardilla embalsamada en la mano. Estos y otros animales pequeños del bosque juegan también un papel importante en la ceremonias de los tarahumaras del norte de México. Las máscaras representadas en la Figura 30 provienen de las comunidades pipiles, quienes las utilizan actualmente en varias de las fiestas de la Iglesia española.

Poco después de mi llegada a Nahuizalco, los indígenas de allí celebraron su fiesta del primero de noviembre en memoria de los muertos. El día anterior había en todos los cementerios del pueblo grupos de mujeres y niños. Limpiaban las fosas, localizadas hacia el este y el oeste, y ordenaban las piedras de alrededor. Después se cubrían las tumbas con las flores anaranjadas de los muertos, una clase de *tagetes*. Por la noche todos los habitantes de la comunidad se encontrarían en el cementerio para comer, beber y bailar. Sin embargo llovió, así que la mayoría se quedó en su casa y sólo llegaron unos doscientos. Estos se reunieron junto a un cobertizo de bambú, en el que se desarrolló la danza de parejas (*tiutíat*), que realizaron dos hombres al ritmo de las flautas de bambú y del tambor. Comieron tamales de pavo calientes, envueltos en hojas de plátano y bebieron hidromel de maíz (*chicha*). En todas las viviendas del pueblo se festejó de igual manera. En los altares de cada

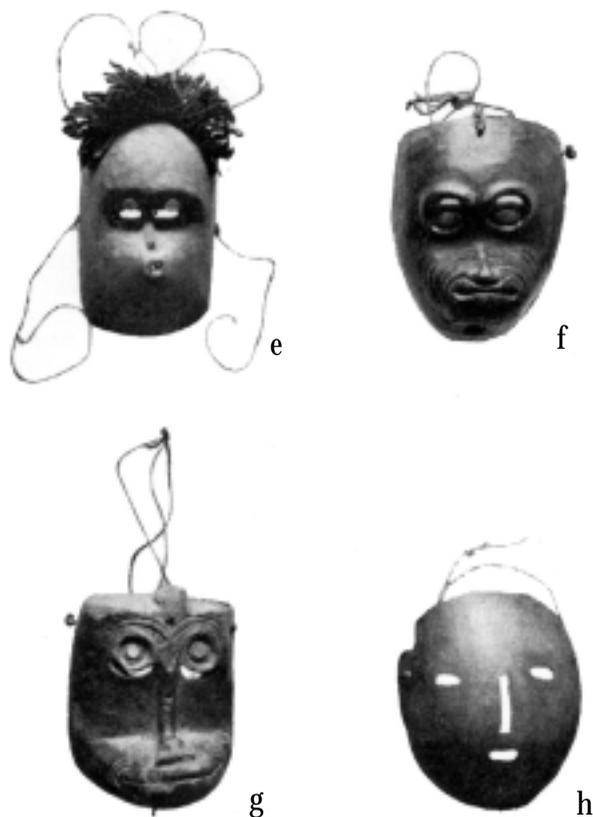
casa había una mesa o un tronco cubierto con una estera de junco multicolor. Allí habían puesto bebida y comida para los muertos. Alrededor de los altares colgaban guirnaldas hechas con las flores amarillas de los muertos, con las hojas relucientes y multicolores del *Tradescantia zebrina* y con las bandas brácteas de tono rojo fuego del *Poinsettia pulcherrima*. En los altares había plátanos, zapotes, chirimoyas, naranjas, granos de cacao y cestos llenos de tortillas y tamales, otras comidas derivadas del maíz y una vasija con chocolate e incienso encendido que esparcía su olor por el cuarto. A los invitados a la fiesta no les permitían tocar nada de eso. Tanto afuera en los cementerios como en los altares de las casas se oían los cantos y lamentos de las mujeres entremezclados con sus llantos.



FIGURAS 30 a, b, c y d

Máscaras rituales utilizadas en diferentes danzas

- a) cráneo de ciervo que se amarra a la cara
- b) “el perro”
- c) “el viejo”
- d) máscara de significado interesante



FIGURAS 30 e, f, g y h  
Máscaras de baile,  $\frac{1}{4}$  del tamaño natural  
e-g) de madera  
h) de calabaza

En caso de defunción, envuelven al muerto en una estera de junco y lo ubican en una camilla liviana cargada en hombros hasta el cementerio. Junto con el cuerpo entierran vasijas con comida y utensilios, pero esta costumbre esta tendiendo a desaparecer. Los niños llevan trajes alegres de color claro (rojo, azul y blanco) y ponen abundantes adornos de tiras de papel del mismo color en unas parihuelas de bambú, que cuatro muchachas cargan hasta la tumba al ritmo de las flautas y los tambores. Un desfile fúnebre como éste ofrece una visión pintoresca. Cuando se entierra a un bebé, la madre coloca en la tumba un trozo de bambú con leche de su pecho. Las mujeres se lamentan desmesuradamente, para mostrar su dolor al lado de las tumbas abiertas. Los lamentos por un niño que ha muerto comienzan más o menos así: "ausente, ausente estás tú el de los ojos luminosos, al que nunca más podré abra-

zarte, él que nunca más me esperarás en la puerta cuando por la tarde regrese de la plantación, al que nunca más traeré una mazorca verde, ausente, ausente”. En el canto fúnebre por el marido que ha fallecido se queja la viuda “ahora estás ausente, has sido malo conmigo al abandonarme, tú que eras bueno y por eso mis ojos lloran por ti, pero estás ausente, ausente, ya nunca más podremos pelearnos”, y así sucesivamente.

### POTENCIAL INVESTIGATIVO

El Salvador, más que ninguna de las otras repúblicas centroamericanas, ha sido poco estudiado en sus aspectos etnográficos y se han realizado allí muy pocas excavaciones. Desde el litoral hasta la montaña, se ve por todas partes grupos de montículos de tierra de forma cónica, artificiales, de diferentes tamaños y a menudo incluso de dimensiones importantes. A veces son tan gigantescos que uno duda si realmente han sido construidos por la mano del hombre o si se trata de montículos de tierra naturales que han sido transformados. En Ahuachapan, cerca de la frontera con Guatemala, se encuentra uno de estos montículos que tiene forma piramidal muy grande. Unas escaleras de cemento anchas y bien conservadas conducen a su cumbre, en donde se alza un gran monolito. Estos montículos se encuentran a menudo agrupados en forma cuadrangular, dejando un jardín abierto en su centro.

En la primera mitad de *Ymer*<sup>31</sup> de este año hay un artículo titulado “Huilka delar af jorden äro out forskade” (“Qué lugares no han sido aún explorados”) y donde se cita:

Es posible que en las selvas vírgenes de Yucatán todavía se encuentren ruinas de ciudades desconocidas. Aquel que dude de ello debe reconocer el valioso descubrimiento que hizo Maler, cuando ya parecía que Stephens y Charnay lo habían investigado todo.

“Investigado todo”, dice este autor. En verdad existen grandes extensiones de tierras en Yucatán que ningún hombre blanco ha pisado aún. Y es bien conocido, además, que los investigadores estadounidenses durante los últimos años se han adentrado en varios lugares de Yucatán y han constatado la presencia de ruinas inadvertidas hasta entonces. Necesitamos sólo recordar las investigaciones de Thomsen,<sup>32</sup> residente en Mérida, y las expediciones que durante

---

<sup>31</sup> Se refiere a la revista *Ymer* de la Asociación Sueca de Antropología y Geografía, de la cual se extrajo este relato.

<sup>32</sup> Posiblemente se refiere aquí a E. H. Thompson, arqueólogo que publicó entre los años 1886 y 1911. Sus obras sobre investigaciones arqueológicas se citan en *The Maya and Their Neighbors: Essays on Middle American Anthropology and Archaeology*, Clarence L. Hay, et al, editores. 2a edición (New York: Dover Publications, 1977).

el último año envió a Yucatán el “Field Columbian Museum” [Field Museum of Natural History] de Chicago. Asimismo, se sabe al menos entre los americanistas que en varios estados sudamericanos,<sup>33</sup> especialmente en Chiapas, Oaxaca y Guerrero, así como en las mesetas de Guatemala, existen muchas ciudades y templos en ruinas y la mayoría de los cuales aún no han sido estudiados. William Henry Holmes describe en su trabajo *Ancient Cities of Mexico*,<sup>34</sup> publicado en 1897, cómo en Montealbán [Monte Albán], Oaxaca, “la primera sensación de asombro se transforma rápidamente en admiración por la cantidad y la extensión de las inmensas ruinas piramidales y las terrazas, que no sólo coronan las cumbres de las montañas, sino que también cubren sus laderas, transformando sus contornos”. Igualmente dice, como “a una distancia de una milla cuadrada de Guerrero, todas las cumbres montañosas y las pendientes se encuentran cubiertas con ruinas de antiguas viviendas y templos”. Es posible que en lugares menos estudiados de este país puedan aún hacerse nuevos descubrimientos, pero sin que se realicen excavaciones sistemáticas no adquieren gran importancia. Apenas pueden considerarse suficientemente estudiadas algunas de las ruinas de las ciudades más grandes e importantes, que Stephens y Charnay describieron hace tanto tiempo.

Una de las ruinas más grandes que está siendo investigada científicamente es la de Copán en Honduras. Aquí trabajó durante muchos años el arqueólogo inglés Alfred [Percival] Maudslay<sup>35</sup> y después llevó a cabo excavaciones en gran escala durante bastante tiempo el museo Peabody de Cambridge en Massachusetts. En Boston conocí a dos jóvenes americanos que participaron en esta labor, Marshall Saville y B. Gordon. Sólo la limpieza de las ruinas, que se hallaban condenadas por el bosque, había exigido una fuerza de trabajo significativa, además de la colaboración de topógrafos, fotógrafos y varios yeseros italianos, lo que elevó mucho los costos. Quizás todavía hagan falta unos diez años de trabajo, antes de que el estudio de dichas ruinas pueda darse por finalizado. En otra ocasión informaré sobre mis observacio-

---

<sup>33</sup> Hartman utiliza aquí erróneamente la palabra “sudamericanos” para referirse a los estados del sur de México. Es posible que haya sido un error de imprenta.

<sup>34</sup> William Henry Holmes, *Archaeological Studies among the Ancient Cities of Mexico* (Chicago: Field Museum of Natural History, 1895–1897).

<sup>35</sup> Alfred Percival Maudslay, *Archaeology*, 5 tomos (incluyendo las inscripciones mayas de Frederick DuCane Godman en un apéndice), en *Biología Centrali Americana*, F. DuCane Godman y Osbert Salvin, editores (London: R. H. Porter y Dulau & Co., 1889–1902); y Anne C. Maudslay y Alfred P. Maudslay, *A Glimpse at Guatemala and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America* (New York: Blaine Ethridge, [1899] 1979).

nes acerca de los monumentos prehistóricos, así como de los objetos de piedra, barro o metal que he recolectado aquí.

En el aspecto puramente geográfico puedo, igual que el autor del artículo citado, presentar a México y a Centroamérica dentro de los países “investigados”. Los límites son conocidos, el curso de los ríos más grandes ha sido determinado y se han medido algunas de las alturas más importantes, entre muchos otros, pero sólo se han dibujado sus contornos externos y toscos. Esta zona, grande como los reinos europeos, ha sido superficialmente visitada por los naturalistas y muchos de los mapas son a menudo engañosos.

En el aspecto etnográfico, el extremo de México fue hasta hace muy poco una *terra incognita*. Las descripciones de los cronistas españoles constituyeron la fuente más importante de conocimiento de las numerosas tribus que aún habitan en México. La inseguridad general, las revoluciones y las revueltas indígenas imposibilitaron el envío de expediciones, desanimando todo intento por adentrarse en las zonas desconocidas. Todavía unos diez años atrás, cuando acompañé a la primera expedición etnográfica, no había en ningún museo, ya fuese en el Nuevo o en el Viejo Mundo, una sola colección etnográfica de importancia de este extenso país. Ahora, el museo de Nueva York tiene una exposición que da una idea clara de la cultura de casi todas las tribus indígenas, desde la frontera de Arizona hasta Michoacán.

En los estados del sur de México queda todavía mucho por hacer. Las lenguas de los pueblos centroamericanos y mexicanos son, así como Manuel Orozco y Berra afirma, menos conocidas, se han estudiado menos que las del África oscura y la mayoría de ellas van a extinguirse durante los próximos decenios.

Grandes extensiones se encuentran despobladas, especialmente las praderas y los desiertos por donde antes deambulaban los pueblos nómadas. Y en otras zonas en donde, como ya se ha dicho predomina lo español, la cultura indígena tradicional que aún existe en algunos estados está amenazada por un rápido y completo aniquilamiento. El canal de Nicaragua, que pronto convertirá a los estadounidenses en los amos de los países centroamericanos, va a acelerar dicho proceso. La influencia anglosajona y la germánica resultan cada vez más visibles en aquellos países que poseen riquezas naturales de importancia y ya se han construido ferrocarriles que recorren la zona en varias direcciones. Todo señala que ha sonado la última campanada para los pueblos nativos americanos y que sólo queda un tiempo limitado para tratar de salvar los últimos restos de la cultura primitiva que todavía existen.